

Isla Kietud

Paula Requejo Marchán

©Paula Requejo Marchán

2ª edición: Octubre 2016

ISBN: 978-84-608-8755-3

Depósito legal: M-002267/2016

Impreso en Madrid (España)

paularequejom@gmail.com

A Miguel Ángel.

Socio fundador de nuestra Familia Dios Te Libre.

Cómplice de aventuras pasadas y por venir.

Mi compañero de viaje a este lado de la puerta.

Índice

Primera parte

La pesadilla	11
Isla Kietud	17
El faro	21
Tempus	27
El diario	31
La voz	35
El incidente	37
El bosque de las Sombras	41
Vencer el miedo	45
La guardiana	47
La hiedra	59
Colina Intuición	67
Colina Comprensión	71
Colina Valentía	79
La bruma	85
Colina Conocimiento	87
Me llamo Emma	93
Colina Consejo	95

Los cuatro retratos	99
El jardín	103
El menhir Adoración	107
La pradera	111
La escalera de los Recuerdos	115
La Gran Roca	117
La puerta	121

Segunda parte

La vieja librería	127
El libro azul	137
La intensa luz	141
El sueño de Emma	147
El padre de Emma	157
La madre de Emma	161
El señor Elías y Dámaso	165
Los dos pequeños milagros	167

Primera parte

La pesadilla

*D*esperto sobresaltada.

Mi respiración es rápida y entrecortada. Me siento como si acabara de emerger desde las profundidades de un océano y saliera a la superficie al límite de mi resistencia, con ansia por llenar de nuevo los pulmones, dando ávidas bocanadas de aire.

No sé dónde estoy. A pesar de que mis ojos están abiertos, no puedo ver que hay alrededor, todo está sumido en una espesa oscuridad.

No sé qué me ha pasado. ¿Me habré quedado ciega? Cubro mi cara con las manos y presiono lentamente con las yemas de los dedos.

Un dolor punzante en la sien me mantiene algo aturdida y ese maldito sonido agudo, constante, penetrante, desagradable, no deja de sonar en mis oídos.

Quiero recordar y sólo vuelve a mí la sensación de ahogo que me angustia. No tengo una explicación para todo esto.

Intento ponerme en pie pero no me quedan fuerzas, estoy agotada, sobrecogida, con la impresión metida en el cuerpo.

Siento frío. Un frío tan intenso que parece surgir de mis propios huesos.

Torpemente tanteo con las manos lo que tengo a mi alrededor. Estoy tumbada sobre algo blando. Tal vez sea una cama. Alcanzo lo que parece una manta y me tapo con ella. Me envuelvo como un ovillo para apaciguar los temblores y entrar en calor.

No consigo recordar, he perdido la memoria.

¡Si al menos el pitido de mis oídos cesara!

Tapada entera bajo la manta, el tibio calor de mi propio aliento comienza a hacer efecto. Poco a poco los temblores desaparecen y va remitiendo el dolor de la sien.

Asomo por entre la manta suplicando no estar ciega, rogando a Dios poder ver. Mi petición es atendida porque la oscuridad se desvanece, se diluye, dejando para mis ojos formas estáticas alrededor.

Son los primeros rayos de luz que entran por un gran ventanal, los que hacen que comience a distinguir algo más que sombras.

Las siluetas veladas, que en un principio me costaba identificar, van tomando sentido.

Ahora ya soy capaz de reconocer el lugar donde he despertado.

¡Por Dios qué tonta! ¿Cómo es posible que no haya podido recordar que estoy en mi habitación?.

Quizás me desorienté por culpa de este extraño sueño. Sin embargo el dolor de cabeza ha desaparecido, el zumbido en mis oídos ha cesado y el frío de mi cuerpo se aplaca.

Sólo el desasosiego se resiste. Pongo ambas manos sobre mi pecho, cierro los ojos y respiro profundamente. Intento aquietar el acelerado latido de mi corazón.

Lentamente la luz de la mañana se ha ido colando en la estancia hasta iluminarla por completo. Ya puedo ver claramente todo lo que hay a mi alrededor.

La cama revuelta sobre la que he despertado, el ventanal con su cortina estampada recogida a un lado, el escritorio en el que reposa mi diario, las estanterías repletas de libros...

Lo que me ha pasado sólo puede tratarse de una horrible pesadilla. Intento recordarla pero cuanto más me esfuerzo, más rápido se escapa. Las ideas se esfuman como los bancos de niebla

que se forman por la noche y se disipan al salir el sol. No soy capaz de acordarme de nada.

He recuperado las fuerzas para ponerme en pie y paseo por la habitación toqueteando todas mis cosas. Necesito comprobar que estoy de verdad aquí, que no sigo viviendo un sueño.

Miro a través del ventanal. Afuera los acantilados y la playa siguen en el lugar de siempre. Ya no tengo dudas, estoy realmente dentro de mi faro. Pero esta maldita sensación de opresión no desaparece de mi pecho. Tengo que salir de aquí o la ansiedad me va a dominar.

Me visto rápido y subo por las escaleras de caracol que conducen hasta lo más alto del faro. Voy deprisa, quiero dejar tras de mí todas las sensaciones de dolor, miedo y frío que he sufrido.

Salgo al exterior y me siento liberada. Por fin puedo respirar. Es agradable sentir como la brisa acaricia mi cara y se lleva lejos esta angustia que me acosa.

Cierro los ojos y pido un deseo que proviene de lo más profundo de mi corazón. Los abro y compruebo que todo continúa en su lugar.

¡Estoy en casa! susurro al viento como si este me escuchara.

Mi deseo se cumple. Por fin sonrío.

Desde lo más alto del faro, contemplo un paisaje familiar. La hermosa estampa que forma un mar calmo separado de un cielo anaranjado por la línea recta del horizonte.

¡Aquí sigo! grito entusiasmada al mar como si a este le importara.

Aquí, en este islote solitario que es isla Kietud.

Isla Kietud

*P*or los libros aprendí casi todo lo

que sé sobre isla Kietud.

Hay uno que describe su relieve. En él leí que a la parte más alta de la montaña escalonada, se le llama la Gran Roca, que el valle central está cubierto por el Bosque de las Sombras, que los acantilados Abismales son los que dan forma a la costa escarpada y que en la isla no hay otras playas más que mi playa.

Esta playa tranquila la conozco bien. Paseo por ella a diario. Sólo tengo que salir por la puerta del faro para poner mis pies sobre su arena. Es una alfombra blanca extendida hasta donde despiertan los acantilados.

El libro asegura que suaviza un poco el carácter abrupto que tiene la isla. Su arena blanca parece una invitación para adentrarse en el islote. Sin embargo, advierte que esto no es más que un espejismo, ya que, bajo sus aguas se extiende oculto un traicionero arrecife coralino. Trampa mortal para cualquier navío confiado que intente arribar a este paraíso perdido del mar del Olvido.

Los libros sitúan el faro en la zona sur de la isla, justo por donde los acantilados descienden para morir en la playa. Es el único cabo por donde la costa se estrecha. La parte central de la isla la ocupa el bosque de las Sombras y en el norte está la montaña escalonada.

Dicen que si volara por encima de la isla, como una gaviota, podría apreciar que tiene forma de lágrima.

Cuentan que los acantilados Abismales la rodean casi por completo. Que la protegen firmemente, como la más fornida de las murallas de la mejor ciudad acorazada.

Dicen que nadie más que el mar del Olvido aliado al viento Insolente se atreven a luchar contra ellos. Unidos golpean con una constancia insoportable hasta que los socavan. A veces crean olas bajas que carcomen la parte inferior del macizo rocoso. Otras olas altas que rompen con fuerza sobre las escarpadas paredes, cubriéndolo todo de espuma salada.

Por todo esto, es comprensible que la vida sobre los acantilados no resulte nada fácil. Aunque algunas plantas, de forma inexplicable, logran aferrarse a las rocas. Estas luchadoras natas persisten ante la adversidad de un suelo poco fiable, el exceso de sal que lo impregna

todo y las inoportunas rachas de viento Insolente.

Luego están las insensatas gaviotas y los intrépidos albatros que se atreven a construir sus nidos en estos peligrosos abismos, con la esperanza de sacar adelante a sus polluelos.

En otro libro leí que isla Kietud no tiene palmeras. Su flora es el conjunto que forman las plantas de los acantilados, los matorrales bajos de la montaña, los árboles del frondoso Bosque de las Sombras y sobre todo la hiedra. Si hay algo en abundancia en isla Kietud es la hiedra. La hay por todas partes. Miles de tentáculos que se apoderan de rocas, muros, árboles, hasta del magnífico faro. Los días de silencio puedo escuchar, desde mi habitación, cómo crece, trepando en espiral, aferrándose con fuerza a sus altas paredes de piedra.

El faro

*E*l faro surge de entre las rocas

del acantilado y crece hacia el cielo como un robusto cetro de piedra. Su puerta de entrada tiene forma arqueada y da paso a la columna vertebral del edificio que compone, peldaño a peldaño, la escalera de caracol.

La parte media da cobijo a mi habitación, comunicándola con el exterior a través de un ventanal alargado, estrecho y arqueado como la puerta.

La torre es la parte superior del faro. Un amplio voladizo circular que se divide en dos alturas. Arriba, donde termina la escalera de caracol, una trampilla conduce a la maquinaria y al armazón de la gran linterna siempre apagada. Abajo, la terraza, rodeada por un muro macizo sobre el que se apoyan columnas cilíndricas de capiteles con motivos florales.

No sé quien construyó el faro. Lo recuerdo siempre aquí. Es la única edificación que existe en la isla, si no contamos con el monumento en forma de puerta que hay en lo alto de la Gran Roca.

Hay cosas que no sé y muchas otras que no recuerdo. Pero si algo hay realmente cierto, es que este faro es mi hogar. En él me siento a salvo, confiada y segura de mí misma, por nada lo abandonaré.

Aunque la isla no es muy grande y podría recorrerla de un extremo a otro en pocas jornadas, nunca me he aventurado a salir de los límites del faro y del paseo de la playa. No me arriesgo porque soy cobarde y asustadiza y porque realmente no me interesa saber lo que podría encontrar más allá.

Además no necesito estar en el lugar exacto para comprobar algunas de las cosas que me cuentan los libros sobre la isla. Para eso ya tengo un buen telescopio que utilizo desde la torre.

No es que pueda ver cada rincón del islote pero sí puedo examinar en profundidad las zonas visibles que tengo desde el faro.

Por ejemplo desde la torre, a simple vista, la montaña escalonada parece tener una ladera de ascenso continuo que culmina en la Gran Roca. Sin embargo con ayuda de mi telescopio pude descubrir que esta gran elevación está formada por una cadena de colinas independientes de cumbres planas. Pegadas unas a otras. Dando

como resultado una extraña formación en escalera.

Si no fuera por mi telescopio, tan poco tendría una idea clara de lo extenso que llega a ser el bosque. Con él busco la prueba definitiva que me lleve a saber cómo son en realidad las sombras que lo habitan. Porque hasta ahora ninguna se ha dejado ver.

Sigo los movimientos que dejan a su paso en el ramaje del bosque. He llegado a la conclusión de que son invisibles. Si no fuera porque las oigo susurrar y murmurar entre los árboles, pensaría que no existen.

Algunas veces las vigilo desde lo alto de la torre. Subo sigilosamente las escaleras hasta la terraza y me siento en el suelo, donde no me puedan ver.

Me quedo quieta, expectante, hasta contengo la respiración para que nada me impida escuchar sus cuchicheos alborotados e inquietantes. Debería dejar de espiarlas porque siempre acabo igual, contrariada y enfadada por no entender nada de lo que dicen.

Me aterra pensar qué me pasaría si saliera de mi faro y me adentrara en el bosque.

Mi telescopio también me ayuda a investigar la extraña puerta que corona la Gran Roca. Hasta

ahora no encontré ningún libro que hiciera una mínima referencia sobre ella.

La llamo Puerta por darle un nombre pero realmente es un monumento formado por dos inmensas columnas sobre las que reposa un gran dintel.

No comprendo que hace allí un monumento como ése. ¿Qué es en realidad? ¿quién pudo construir allí arriba semejante coloso? ¿y para qué?

Si desde la torre parece una puerta gigante, sus verdaderas dimensiones deben ser descomunales.

A veces imagino que subo hasta la Gran Roca y que diviso la parte del horizonte que no puedo ver desde mi faro.

¿Qué habrá al otro lado, en la lejanía? Quizás existan otras islas o incluso continentes, allá, en los límites cercanos al océano del Kaos. ¿Quién sabe?

En cualquier caso me niego a adentrarme en el bosque de las Sombras, subir las colinas y llegar hasta la Roca sólo para descubrir qué hay más allá. Hasta aquí llega mi curiosidad porque lo más seguro es que al otro lado no haya nada.

Tengo un mal presentimiento. Por eso cada vez que me asaltan dudas y preguntas sobre que hago en esta isla las trato de ignorar.

Y es que en el fondo todo me da igual. Me conformo con lo que conozco, con lo que tengo aquí, en el faro.

Cuando las preguntas elevan peligrosamente el nivel de la duda, las combato con altas dosis de pereza y apatía, hasta que consigo apartarlas de mi cabeza. Entonces no me importa no recordar nada.

Sólo necesito que mi vida aquí, en isla Kietud, continúe siendo apacible y sencilla.

No me gustan los sobresaltos, no me gustan los sueños que no se dejan recordar, que aturden mis sentidos y me llenan de temor.

Ya sé que son sucesos que no puedo controlar. Aparecen cuando quieren. Pesadillas, malos sueños y dolores de cabeza. ¿Por qué los tengo? Ojalá lo supiera y me librara de ellos.

Por eso debo estar siempre alerta y hacer un gran esfuerzo por controlar todos mis pensamientos. Es la única manera de no sentir nerviosismo, angustia o miedo. No quiero hacerme preguntas, huyo de las dudas y trato de no caer en una excesiva curiosidad. Temo sufrir ese extraño dolor de cabeza que se

presenta siempre que me ataca la ansiedad y me pongo demasiado agitada. Es terrible sufrirlo.

Aparece de pronto y siempre en forma de migraña enloquecedora. Cuando la presiento procuro recostarme en la cama porque sé que el dolor aumentará, se extenderá por toda mi cabeza dejándome aturdida. Después, un sopor me invadirá y de inmediato los ojos se volverán pesados como losas, hasta el punto de no ser capaz de mantenerlos abiertos. Y así continuará hasta lograr hacerme caer en un profundo letargo en el que pierdo la conciencia.

Son cosas que no ocurren muy a menudo y que ya están asumidas. Por eso necesito estar sosegada, sin preocupaciones.

Lo único que quiero es vivir tranquila. Creo que me conformo con poco.

Soy feliz dando largos paseos por la playa. Me encanta estar en mi habitación leyendo libros. Disfruto mucho contemplando desde la torre los diferentes paisajes que me ofrece la isla.

Son estas pequeñas cosas las que me sosiegan el alma.

Cuando miro el horizonte del mar del Olvido, me dejo abrazar por su quietud y me sumerjo en la paz de su calma.

Tempus

*T*odas las noches, el mar del

Olvido, me invita a presenciar sobre su escenario uno de los más bellos espectáculos. Desde lo alto de la torre, me siento a contemplar como la línea recta del horizonte se ve interrumpida por el nacimiento del más hermoso astro de todo el universo, Tempus.

El primer acto de su representación comienza en el instante en el que surge majestuoso de entre las aguas del mar.

Cada noche hace su aparición en escena, tan redondo, tan inmenso, tan rojo.

Su intensa luz convierte el mar en un zumo anaranjado y a la isla en una brillante lagrima de rubí.

Para el segundo acto, mientras lo sigo hipnotizada en su paseo liviano sobre mi cabeza, despliega toda su grandeza iluminando la noche de rojo escarlata.

Cuando llega al punto más elevado de su trayecto nocturno, inicia el tercer y último movimiento de su danza sobre la bóveda

celeste, descendiendo imparable, hasta sumergirse suavemente en el Olvido, cerrando tras de sí el telón del horizonte.

En algún libro leí que Tempus significa tiempo.

Tiempo, extraña palabra para mí. Busqué su definición y sigo sin comprender.

Aseguraba el texto que el tiempo sirve para medir lo que dura algo que cambia frente a un observador, pero eso me resulta ridículo.

En isla Kietud no existen los cambios, siempre todo es igual. Me pregunto por qué algo tendría la necesidad de cambiar.

Tampoco veo indispensable un observador. No tiene mucho sentido pues bien sé que Tempus saldrá cada noche a pesar de que yo no esté para mirarlo.

El tiempo no significa nada, me resulta indiferente. No es necesario en isla Kietud.

Quizás estas cosas sean ciertas y yo no las comprenda por haber perdido la memoria.

¡Es desesperante!

La verdad es que me siento incapaz de poner orden a toda esta maraña de ideas, imágenes y sueños que a veces enredan mi mente.

Mi memoria es una tela desgarrada a la que le faltan muchos hilos y por más que lo intento, no consigo remendarla.

No sé cómo la perdí, ni cuantas cosas se fueron con ella.

Tal vez por eso tengo horribles sueños. Ésos que me hacen sufrir mucho más allá del momento en el que despierto. Terribles pesadillas que aturden mis sentidos, me desorientan sin darme después una mínima oportunidad para recordarlas.

Cuando me pongo a pensar, como ahora, en qué significará realmente el tiempo o en otras muchas cosas que no comprendo, algo se remueve dentro de mí.

El no saber, me produce una especie de inquietud repentina que me lleva a creer que esta isla no lo es todo y que algo importante perdí cuando se borró mi memoria.

Es una sensación que se esfuma si busco los motivos que me llevan a considerar estas sospechas ya que no encuentro nada y me refugio en mil excusas que me persuaden de que estoy en casa.

De esta manera consigo callar las dudas y la angustia y el miedo que me agita y que trae consigo una de esas malditas migrañas.

No puedo equivocarme, estoy segura de que esta isla lo es todo.

Sentada sobre el muro de la terraza de mi faro, admirando la belleza sublime de este lugar, pienso que no podría existir un sitio mejor donde vivir.

Para qué darle más vueltas si estoy bien aquí.

El diario

Tengo tantos libros en mi

habitación que bien podría considerarse una biblioteca donde duermo. En todas las paredes hay estanterías repletas. Mire a donde mire hay libros. Tan sólo quedan sin ocupar el hueco de la puerta y el de la ventana.

La cama está situada en el centro de la habitación, poco más allá el escritorio, donde se amontonan los últimos ejemplares que leo.

Los libros son mi pasatiempo favorito. Me entretengo tanto con sus historias...

Algunos los he leído varias veces. Sin embargo hay otros que no me apetece ni mirar. Los he dejado para cuando no tenga nada nuevo que leer.

Como el que habla del bosque de las Sombras. Me resulta tan siniestro que por ahora permanece apilado con los demás libros que no necesito.

Casi todos ellos hablan de isla Kietud, aunque también los hay que tratan sobre el mar del Olvido, Tempus o del océano del Kaos.

Los más insólitos para mí, son los que narran las aventuras de los navíos que se atrevieron a pasar frente a la isla. Pero no son más que fantasías, cuentos inventados. Yo nunca he visto ni una sola embarcación surcando el mar del Olvido.

Para lo único que me han servido estas historias es para saber lo que es un diario de abordo. Cuentan que los capitanes de barco escriben uno cuando cruzan el océano de Kaos. Así ninguna de sus aventuras cae en el olvido y las pueden recordar con sólo abrir y leer lo que en él escribieron.

Esto me parece tan buena idea que ya tengo el mío.

No es que yo sea intrépida y me guste vivir aventuras peligrosas. Aquí la vida es tranquila, calmada y relajada. En mi diario me limito a resumir las tareas que realizo en la isla, a escribir lo que recuerdo de mis sueños o a contar algunas cosas extrañas que me pasan. Como aquella vez que mi habitación se llenó espontáneamente de un perfume familiar.

Yo descansaba plácidamente sobre mi cama. Con los ojos cerrados para relajarlos después de tanta lectura. De pronto, un perfume lo inundó todo. Era una fragancia de mujer, no cabía la

menor duda, olía a flores de jazmín con notas de limón. Por más que intenté averiguar de dónde provenía, por más que traté de recordar por qué lo conocía, fue inútil. Exasperada abrí la ventana de par en par. Si no era capaz de identificar a quien pertenecía lo mejor era que se esfumara y me dejara en paz.

Algunas veces en lugar de escribir, hago dibujos. Hay sensaciones que es mucho mejor expresarlas con una imagen. Además, se me da bien dibujar.

Lo último que he escrito en mi diario hace referencia a la asfixiante pesadilla. A todas las extrañas sensaciones que sentí. Me ha ocupado pocas líneas porque de lo que realmente sucedió durante el sueño, hasta ahora, no he podido rescatar nada de mi memoria. Pero si mantengo presente el pavor que me causó.

Tengo un presentimiento, algo me dice que no era una pesadilla más, que lo que en él sucedía era real. Ojalá pudiera recordar. Desde entonces me siento extraña.

¿Será que comienzo a sentir lo que es el tiempo?
¿Y si la pesadilla ha producido una transformación interna que no puedo ver?
Además, me da la impresión de que no sólo me

está pasando a mí. También hay algo diferente en la isla. No podría decir qué es, pero lo sé.

Me siento inquieta y sólo me tranquilizo cuando subo a la torre y vigilo el interior de la isla. Luego, me quedo sentada sobre el muro de la terraza dibujando o escribiendo en mi diario. Esperando, no sé bien a qué. Tal vez a que suceda algo extraño en el bosque o quizás a que pueda descifrar lo que dicen los susurros de las sombras.

Seguiré vigilando desde aquí. Pero por muy intranquila que me sienta no pienso adentrarme en el bosque. Las sombras me asustan. No tengo el valor necesario para hacerlo. Además no quiero dejar solo a mi faro.

De esta decisión he dejado constancia en mi diario. Desde que lo he escrito estoy mucho más tranquila.

La voz

*P*oco ha durado mi paz.

Todo está yendo a peor.

Los susurros de las sombras han cesado sus charlas. Sin sus constantes parloteos me he sentido en calma, tranquila, hasta la sensación de acoso se había esfumado. Pero de pronto, he comenzado a escuchar una voz que me llama desde las profundidades del bosque.

Al principio no la distinguía bien, era tan suave que se confundía con el rumor de las olas. Ahora, desde que soy consciente de su presencia, cada vez me llama más a menudo y con mayor fuerza.

La verdad, no me asusta oír mi nombre de vez en cuando, lo que me aterra es que ahora se escucha más cercana. Incluso es capaz de despertarme cuando duermo.

—¿Quién eres? ¿Por qué me llamas?— pero no responde.

Esto empieza a ser insoportable. Ya no me atrevo a salir del faro. Me aterroraría escuchar la voz mientras paseo por la playa.

Si subo a la terraza a dibujar, la voz me llama desde el bosque. Si voy a mi habitación y me distraigo con la lectura, por la ventana se cuele y retumba entre las paredes. No me puedo concentrar, no me deja descansar. Cuando por la noche quiero dormir y agotada ya mis ojos se cierran, la oigo como me llama. ¡Tan cerca!

El incidente

Esta mañana perdí la

paciencia.

Sentada sobre el muro de la terraza, jugaba a recrear la figura robusta de mi faro sin mirarlo. Con el diario sobre las piernas y el bolígrafo en la mano me sentía preparada para comenzar a dibujar.

Cerré los ojos y me recosté tranquilamente sobre la columna que tenía detrás. No fue difícil vaciar la mente y aislarme por completo de todos los sonidos del exterior. Me sentía muy relajada.

Ni el golpear de las olas sobre las rocas, ni los graznidos de las gaviotas y los escandalosos albatros podían distraerme del minucioso repaso mental que estaba haciendo del faro.

Me parecía divertido este reto sencillo de poner a prueba mi deteriorada memoria y llevar al límite la capacidad visual. La concentración que alcancé era máxima.

Recorría mentalmente la estructura que da forma al armazón de la linterna, las filigranas

florales de los capiteles, las líneas que describe la hiedra aferrada al faro. Estaba envuelta en este plácido momento de quietud, cuando de pronto un estruendo atronador rompió la calma. ¡Maldita voz, otra vez desde el bosque me llama!

Me sobresalté al instante, fue tan grande el susto, que el diario y el bolígrafo salieron despedidos por los aires.

Horrorizada los vi precipitarse al vacío. Escuché el golpe cuando se estrellaron contra el acantilado y temí lo peor al verlos rebotar de una roca a otra.

Lancé un grito desesperado cuando terminaron engullidos por el mar.

—¡Por dios, podría haber sido yo!— exclamé con pavor mientras miraba desde la torre del faro al punto exacto donde desaparecieron en el agua.

Me puse en pie y desde la terraza mirando en dirección al bosque le amenacé gritando con todas mis fuerzas.

—¿Te has propuesto acabar conmigo? Te voy a encontrar ¡¿Me has oído estúpida voz?!—

Salí de la torre sin esperar respuesta pues bien sabía dónde encontrarla.

No quería seguir escuchando mi nombre repetido una y otra vez.

La situación se había hecho insoportable. Si seguía así me volvería loca. Bien podía haber sido yo quien cayera faro a bajo y terminar estrellada contra los acantilados. Y no solo esto, estaba realmente enfadada con la pérdida de mi diario porque con él se iba para siempre los momentos más especiales vividos en isla Kietud.

Este suceso era la última gota que colmaba el vaso de mi paciencia.

Sin pararme a pensar. Sin sopesar las consecuencias. Cegada por la ira. Me adentro en el bosque de las sombras.

Es tanta la adrenalina que corre por mis venas, que además de no sentir miedo alguno, estoy atenta y preparada para enfrentarme a cualquier cosa extraña.

El bosque de las Sombras

A la entrada del bosque los

árboles se encuentran separados unos de otros pero a medida que me adentro, van agrupándose hasta formar una espesura frondosa, asfixiante y claustrofóbica. El espacio de suelo que queda libre entre árbol y árbol está cubierto por la hiedra. Nada más se ve crecer sobre él, sólo a esta recia y perenne trepadora.

Tempus proyecta su luz rojiza y no deja que la oscuridad se apodere por completo del interior del bosque. Esta luz lo hace aún más siniestro, mire a donde mire, todo parece estar cubierto de sangre.

No sé cuánto tiempo llevo perdida en este laberinto, pero aquí sigo, adentrándome por sus entrañas cada vez más densas.

Deambulo torpemente por esta espesura como un ciego guiado por su lazarillo. Oigo la voz a lo lejos cada vez que me detengo. Tomo aliento y continúo.

Las sombras me siguen. Escucho cómo murmuran inquietas. No sé que dicen. No

consigo entender los rumores sutiles de su parloteo.

Me observan, se esconden entre los árboles. Son rápidas, cuando las miro cambian de inmediato de lugar dejando tras de sí el movimiento de las ramas. Miro hacia arriba y no hay nada que indique dónde estoy. Los altos y frondosos árboles cubren las alturas y la hiedra tupe el suelo.

Ya han debido de pasar muchas horas desde que salí de mi confortable faro. La valentía del arrebato colérico hace tiempo que la perdí. ¡Estoy tan asustada y cansada de caminar!

Me gustaría regresar pero no sé hacia dónde queda el faro.

El paisaje se repite constantemente. Debo de estar en el mismísimo corazón del bosque.

Me paro y por enésima vez la voz vuelve a llamarme de manera insistente. Pero esta vez me rebelo contra ella.

Me tapo los oídos fuertemente con mis manos. Como si eso fuera suficiente para no escucharla más.

¡Para, deja de llamarme, necesito descansar! grito desesperada. Estoy al límite de mis fuerzas, me siento muy débil.

¡Me rindo! le digo aceptando la derrota, rompiéndome en un llanto de dolor.

¿Por qué estoy aquí?, sólo quiero volver a casa ruego a la voz entre lágrimas amargas.

No me perdono haber sido presa de mi propia estupidez. Salir del faro sin pensarlo dos veces, cegada por la rabia. Estoy enfadada conmigo misma, por la falta de control ante los actos que ahora me han llevado a todo esto.

Y justo ahora que estoy aquí pérdida en este maldito bosque, es mi memoria la que se encarga de apuntillarme, de rematarme. No muestra piedad y me acuchilla con el recuerdo de un libro que nunca quise leer. Al que ignoraba de forma sistemática cada vez que me topaba con su espantosa portada. Unas veces por desgana otras por dejadez. El que llevaba por título "El bosque de las Sombras".

Lloro sin consuelo. Me veo superada por todas estas experiencias adversas que vivo. No soporto la voz, ni el miedo que me asalta con cada movimiento que las sombras provocan entre las ramas. Ya no puedo con la incertidumbre de no saber a dónde voy ni a quién estoy buscando. El pánico no me deja razonar y el desaliento me aplasta. Estoy muy nerviosa y agitada, las piernas me tiemblan sin

cesar. Creo que va a golpear mi cabeza una de esas malditas migrañas.

¡Ahora no por Dios! no puedo caer inconsciente en medio de este lugar.

La cabeza está a punto de estallarme de dolor y los ojos comienzan a pesar. Las sombras andan cerca, las oigo alborotadas, susurran sin cesar su parloteo hermético. Tengo que seguir despierta pero el sopor me invade. Voy a desvanecerme inevitablemente sobre la hiedra.

¡Ayúdame Dios mío! le pido al cielo.

Vencer el miedo

*A*bro los ojos y veo la luz

del día colarse por entre las copas de los árboles. Sigo en el bosque. No sé por cuánto tiempo me ha dejado dormida la condenada migraña. Me incorporo y compruebo que estoy bien, que no he sufrido ningún daño.

Un poco más relajada observo lo que me rodea. Las sombras siguen vigilándome.

Caigo en la cuenta de que si me hubieran querido herir, a estas alturas ya habría ocurrido. Las sombras podrían haberse lanzado sobre mí, nada les impedía haberme despedazado mientras estaba inconsciente. Me pregunto por qué no lo han hecho.

¿Y si estoy exagerando al imaginar todas esas cosas terribles? ¿y si sufro sin razón preocupándome de antemano por algo que nunca va a suceder?

Porque pensándolo bien, hasta ahora lo único verdaderamente real es que alguien me llama.

No puedo permitir que el pánico vuelva a apoderarse de mí. Tengo que estar tranquila y

pensar en lo que voy a hacer ahora. Es momento de superar el miedo y centrarme en averiguar quién es y qué quiere la voz que con tanta insistencia me llama.

No consigo nada quedándome aquí, parada, mirando a mi alrededor, compadeciéndome y arriesgándome a que vuelva una nueva jaqueca que me deje inconsciente.

Tengo que ser más prudente. Por eso, no más lágrimas. Debo ser cabal y dejar de ignorar lo que me está sucediendo. Ser valiente y lograr salir de aquí.

Comenzaré a tomar decisiones que me permitan avanzar. Seguir adelante a pesar de las sombras y el ahogo que causa este bosque.

Creo que ahora estoy sola. No hay sombras que me observen y la voz lleva un tiempo en silencio. Tendré que improvisar, así que continuaré en la misma dirección que llevaba antes de detenerme.

Una pequeña llama de confianza se ha encendido en mi interior. Parece que ahora han nacido en mí el suficiente coraje y la fuerza necesaria para poder continuar.

La guardiana

Algo surca deprisa el aire

rozando mi pelo. Ha sido tan rápido que no he podido ver lo que era.

No me ha parecido que fuera una sombra ya que ha dejado tras de sí una estela de calor y las sombras siempre me causan frío.

Creo haber visto un destello entre los árboles. Si, allí está otra vez. Ahora se ha quedado quieto. Desde aquí, parece una chispa de luz con voluntad propia suspendida en el aire. Me acerco despacito pero, si me muevo, se mueve. Creo que quiere que la siga. Por un instante la pierdo de vista. ¡Allí está!

La misteriosa luz, me guía hasta la primera zona despejada que encuentro desde que me adentré en esta maraña de árboles y hiedra. Tal vez el único claro del bosque de toda la floresta.

Es curioso como la hiedra ha respetado ese espacio y ha crecido formando un círculo, como si ninguna de sus hojas se atreviera a tocar el suelo cubierto por una arena fina como de playa.

Con sigilo, persigo el destello a una distancia prudencial. De pronto se para, yo me paro también, además, no me atrevo a pisar esa arena extraña.

Me pregunto por qué ya no avanza. Qué hace allí parada. Se ha quedado suspendida a cierta altura en medio de la zona abierta.

Un frío extraño recorre todo mi cuerpo cuando me percató de que en la penumbra hay alguien más. Bajo la chispa hay una presencia extraña.

Tempus proyecta una luz que no es suficiente para diferenciar desde mi posición quién pueda ser. Tal vez sólo se trate de una sombra sentada en el centro del claro del bosque.

El miedo asoma por entre mi piel erizándola. Quiere que salga corriendo pero ya no tiene ninguna autoridad sobre mí y consigo dominarlo. Desoigo los consejos que me dicta y decidida entro en el círculo de arena.

Camino lentamente, aproximándome poco a poco a la figura oscura.

¿Quién eres tú? me oigo decir. No sé de donde he sacado el valor necesario para hacer la pregunta.

Espero quieta, dispuesta a salir corriendo a la mínima señal de hostilidad.

No me responde.

El ser continúa sentado sin perturbarse por mi presencia. Da la impresión de que está meditando.

No puedo ver quién es, ni cómo es, porque va cubierto por una capa de terciopelo que refleja un color oscuro y brillante. No sabría decir si la tela es negra o granate porque Tempus se encarga de distorsionarlo todo.

Tal vez no se ha percatado de mi presencia, parece estar sumido en una concentración profunda.

Me es imposible ver su rostro. Lo tiene inclinado hacia delante cubierto por una amplia capucha.

Me acerco un poco más. A esta distancia alcanzo a distinguir una larga melena clara a ambos lados de su cabeza. Puede que sea una mujer.

¿Quién eres tú? pregunto de nuevo con un susurro tenue, inaudible, como sólo para mí.

Me quedo parada, sigo esperando que me responda. Escucho mi corazón latir deprisa.

La chispa continúa sobre ella, en todo este tiempo no se ha movido ni un ápice.

Creo que ahora sí me ha oído, está levantando la cabeza.

Veo con horror que en el espacio donde debería haber un rostro completo, sólo hay dos ojos de luz que me miran con fijeza. Tan intensa es la mirada, que siento como me atraviesa y llega a lo más íntimo de mis pensamientos. Estoy segura de que es capaz de percibir todo lo que siento. Su rostro vacío y esos ojos que escudriñan mi alma, hacen que se me hiele la sangre en las venas.

Podría haber salido corriendo pero no puedo mover ni un solo músculo, esa mirada me ha dejado petrificada.

_Eres la muerte. ¡Mi muerte! _ afirmo con horror.

Impasible continúa allí sentada, mirando mi alma.

No sientas miedo de mí, yo no sería capaz de dañarte dice sin rodeos.

¡Esa voz!, en cuanto la oigo la

reconozco. _¡Eres tú quien me llama!

Sus ojos resplandecen aún más, como si se alegrara con mi certeza.

_Así es, soy yo quien te reclama. Pero nada has de temer. Mi nombre es Legnea, la que custodia.

Inexplicablemente, a pesar del miedo que me ha causado esta extraña aparición, después de reconocer su voz, me encuentro más tranquila. Tal vez porque su tono ya no suena amenazante, ni inquisitivo, sino más bien resulta amoroso y compasivo. Intuyo que dice la verdad. No me causará ningún mal.

Comienzo a sentir que la esperanza vuelve a mi corazón. Con decisión le pregunto:

_¿Podrías decirme cuál es el camino que debo seguir para regresar a mi faro?

Se toma tiempo antes de contestar y enfrentarme a la verdad.

Hace demasiado tiempo que te esperamos pequeña lamenta.

_ Ha sido muy complicado hacerte venir hasta aquí porque te apegaste demasiado a un faro que sólo debía ser un refugio temporal, cuando hay otro lugar al que debes llegar.

Son sus palabras una nueva decepción que deja mi esperanza rota en mil pedazos. Abatida me derrumbo sobre la arena.

Entonces ¿no me dirás como volver al faro? reitero con frustración.

_Tienes que entender que el faro no es el lugar donde debes estar. Has de continuar, salir de este bosque de sombras. Yo te indicaré el camino. ¡Confía!.

¿Qué confíe después de todo lo que me está pasando? Sufro la desilusión y siento rabia e impotencia. Había pensado que si seguía a la chispa de luz encontraría el camino a casa. Y ahora que había encontrado a alguien, me niega el regreso a mi hogar.

No entiendo nada ¿por qué no puedo seguir viviendo tranquila como hasta ahora? ¿Cómo hago comprender a este extraño ser el terror que siento por estar perdida?.

Yo solo quiero volver a mi faro sollozo con rabia.

_No hay marcha atrás querida niña. Bien sabes que una vez tomada una decisión todo se transforma. Ya no hay faro al que regresar. Cuando saliste de él, desapareció para siempre.

_¡Mientes! no te creo ¿por qué eres tan cruel conmigo? las cosas no se esfuman así sin más.

_Serénate y piensa. Busca en tu interior y veras que tú misma sabes que son ciertas mis

palabras. Recuerda lo que escribiste en tu diario.

Cierro los ojos con fuerza y en mi mente veo las palabras que escribí.

“Hoy he vuelto a soñar que paseaba descalza por la playa. Mis pasos dejan huellas impresas sobre la arena blanca que las olas van borrando.

Contemplo mi faro. Me parece tan hermoso y sin embargo me doy cuenta de que es un faro sin luz. Un faro ciego.

Me pregunto ¿qué sentido tiene?, ¿de qué sirve un faro que no ilumina?

En ese momento veo cómo una inmensa ola se acerca deprisa a la playa.

*—¡No, detente! ¿Qué haces viento Insolente?
¡No te atrevas mar del Olvid!o. ¡Basta! No he querido pensar eso, a mí no me importa que no ilumine. ¡Parad! ¡Por favor, deteneos!*

Pero el agua lo engulle entero y al retirarse, en aquel lugar ya no queda nada.”

Sí, yo sabía que aquel sueño presagiaba algo nefasto. Intuía que mi faro, el lugar donde me sentía a salvo, desaparecería si me alejaba demasiado.

*—La culpa es tuya!_ grito encolerizada
_hiciste que saliera de allí hostigándome sin*

descanso. Por tu culpa perdí para siempre mi diario y bien podría haber sido yo quien se despeñara por el acantilado.

Sólo tú tienes la culpa de que saliera tan deprisa, alejándome sin pensar en las consecuencias. Por tu culpa me he perdido en este detestable bosque. ¡Ahora no tengo lugar al que regresar!_ lamento desesperada.

La guardiana no muestra la menor pesadumbre por las acciones de las que le acuso e impasible responde con estas palabras:

_La vida consiste en tomar decisiones, en responder preguntas con sinceridad. Hay acciones que no se pueden dejar postergadas indefinidamente. Cuando algo importante para tu destino lo dejas aplazado por más tiempo de lo necesario, las guardianas buscamos la manera para que todo se precipite. Por eso hay veces en que las circunstancias llegan a límites extremos.

Cabizbaja la escucho en silencio sin atreverme a replicar. Abochornada por el arranque infantil que me ha provocado la falta de humildad. Esa modestia necesaria para reconocer que nadie más que yo tiene la culpa de salir del faro.

_Mientras el miedo te mantenía presa de una ilusión cegadora, has estado vagando sin

rumbo fijo por el bosque. En el momento en que has decidido no mantener por más tiempo esa situación y liberarte de sus cadenas, ha sido cuando hemos podido orientarte para que me hallaras_ desvela con tono afable.

Le miro boquiabierta. Recapacito y reconozco que son ciertas sus palabras. Justo en el momento en el que decidí no temer nada, apareció la luz guía.

Vuelvo a sentirme avergonzada, ahora entiendo que su única preocupación era que la encontrara.

Sigo sentada frente a ella, incapaz de hacer un solo gesto que la interrumpa. Me siento tan diminuta a su lado, intimidada por esos ojos de luz que no dejan de mirarme. Estoy segura de que sabe en cada momento todo lo que mi mente cavila.

Ahora debo anunciarte algo muy importante declara adoptando un tono de total solemnidad.

_Te ha sido concedido un tiempo adicional. Una oportunidad en la que tendrás que demostrar tu verdadera valía. Para lo cual deberás llegar hasta la Gran Roca. Se te pone a prueba para que puedas responder a la pregunta y en consecuencia elijas qué será de tu

destino. Has de saber que en la respuesta que des, no puede haber lugar a ninguna duda, porque será determinante. Es por esto que tendrás que responderla de manera consciente.

No comprendo nada. La miro perpleja. ¿De qué tiempo adicional me habla?, ¿qué quiere decir con que estoy a prueba?, ¿sobre qué debo estar tan segura? Pero no me atrevo a interrumpir. Por su tono de voz parece que todo esto es muy serio. Inquieta y expectante continuo escuchando atentamente.

_Sabemos que tu memoria se ha borrado y que no recuerdas nada de tu vida anterior a la isla.

No debes preocuparte más por ello porque nada se pierde del todo. Tu chispa divina, tu guía interior, guarda celosamente todas y cada una de tus experiencias. Ella podrá hacer que recuerdes las cosas necesarias mientras dure tu tránsito por estos parajes.

En tu libre albedrío está el que llegues a casa. Con tu decisión final saldrás de aquí.

Y con voz tajante afirma:

_Se acerca el momento en el que has de decidir y dar respuesta sincera a la pregunta más importante para tu destino.

Me estremezco ante tamañas revelaciones y por el modo contundente en que las transmite.

Pero no temas nada me pide adoptando un tono más cálido al percatarse de mi turbación

_yo estaré contigo, como siempre lo he estado. Guiándote, ayudándote en tu caminar.

Descansa un poco, toma fuerzas porque la travesía será dificultosa.

Por último anuncia, diría yo que sonriendo.

_Me está permitido mostrarte como encontrar la salida del bosque.

Debes hallar la hiedra de hojas verdes. Síguela, porque ella te indicará el camino hasta el tronco madre. ¡Confía!

Y sin más tardanza, ni espera por su parte a que le formule las miles de preguntas que se agolpan en mi cabeza, se desvanece ante mis ojos, dejándome totalmente desconcertada, llevándose con ella la chispa de luz que me condujo hasta aquí.

La hiedra

¿Qué ha pasado? ¿Dónde

estoy? He debido de quedarme dormida sobre el suelo del claro del bosque toda la noche.

Llevo arena pegada por toda la cara. Mientras me frotó con las manos para quitarla, compruebo que el paisaje es el mismo que la noche anterior.

Miro hacia el bosque con la esperanza de encontrar a la guardiana. La busco pero ni a ella, ni al destello, se les ve por aquí. Sin embargo no estoy del todo sola. Entre los árboles continúa el cuchicheo de las sombras susurrantes.

¿Y ahora qué? ¿Por dónde continúo? Debo seguir caminando por este bosque espantoso y asfixiante. Pero ¿por dónde debo ir para llegar hasta la Gran Roca? No quisiera adentrarme demasiado y perderme de nuevo en la espesura.

De manera espontánea, las últimas palabras de Legnea resuenan en mi cabeza.

Tengo que encontrar la hiedra de hojas verdes para llegar hasta el tronco madre repito como quien recita una lección aprendida.

Alrededor del claro, sus tentáculos se enredan en un laberinto imposible. Busco removiendo las ramas. Voy de una a otra, observándolas con esmero.

¿Hiedra verde?, ¡pero si aquí toda la hiedra es verde! protesto en voz alta por si Legnea estuviera escuchando.

Algo se me escapa, no puede ser una pista falsa. Me propongo tener paciencia y buscar con más calma. Paseo lentamente alrededor del círculo.

A primera vista toda la hiedra parece igual. Pero si uno se fija bien, comienza a ver diferencias.

Hay hojas grandes y otras más pequeñas. Por lógica las grandes son más viejas y las pequeñas están en las puntas que crecen y se extienden. Pero además hay otra gran diferencia, las hojas más nuevas tienen un contorno verde claro, apenas perceptible, que las hojas más antiguas por algún motivo extraño han ido perdiendo. Por tanto debo buscar las hojas más grandes y sin contorno. ¡Las hojas sólo verdes!

Una vez que mis ojos se acostumbran a buscar estas diferencias, me resulta sencillo llegar a encontrar la rama principal.

El tiempo me apremia, tengo que darme prisa en salir del bosque. Cuando Tempus lo tiña todo de rojo me sea imposible diferenciar el color de las hojas.

Es curioso, hasta ahora el tiempo para mí no era algo que debiera considerar. Sin embargo comienzo a sentir su paso. Siento en mi interior como su tic tac me apremia.

Sigo la hiedra verde como quien sigue una línea pintada sobre el dibujo de un laberinto. A veces se cruza y camino en círculos, otras se enreda y me cuesta continuar porque la pierdo y debo dar marcha atrás. Al principio avanzaba despacio, ahora resulta mucho más fácil seguir su rastro porque el bosque es cada vez menos frondoso y agobiante.

Estoy segura de que voy por buen camino, a pesar de que desde que salí del claro del bosque no he vuelto a oír la voz de Legnea.

Me pregunto cuánto tiempo llevo caminando. No he parado de andar un segundo pero no me siento cansada.

¡Es tan extraño todo lo que me está sucediendo!

Mientras camino he reflexionado mucho sobre las enigmáticas palabras de la guardiana. Lo de tomar decisiones y responder preguntas.

Es cierto que yo siempre lo dejo todo para el final, que hay muchas cosas que empiezo y no las termino. También es cierta la apatía y mi falta de iniciativa.

No recuerdo haber tenido tantas preguntas rondando por mi cabeza como ahora. Me doy cuenta de que allí en el faro me encontraba aletargada, dormida.

Fue algo sorprendente averiguar que estoy a prueba y que por eso debo llegar hasta la Gran Roca.

Pero, ¿a prueba por qué?. No comprendo nada de esa parte de su revelación, como tampoco entendí nada acerca de que tengo una chispa divina que guarda mi memoria.

Si Legnea no se hubiese esfumado le habría interrogado sobre todo esto y le habría insistido en que planteara ella misma la pregunta si tan vital es que responda.

Muchos son los interrogantes que ha dejado sin resolver, pero también es cierto que sus palabras han aclarado por fin una de mis mayores dudas. Una que se camuflaba entre la pereza y el confort que me brindaba el faro.

Ya sé con total seguridad que no soy de esta isla y que salir de ella me llevará de vuelta a casa.

Aunque ella afirmó que un día podría recuperar mis vivencias, es ahora cuando me gustaría ser capaz de recordar algo coherente, que me indicara quién soy en realidad y de dónde vengo.

Como ella bien dijo, el miedo no me dejaba ver las ayudas que me ofrecía. Y ahora que he vencido todo temor, ni siquiera me importa ser observada por las sombras. Ya no me molesta su compañía, me he acostumbrado a sus parloteos constantes.

He aprendido una gran verdad, que cuando se pierden los miedos te sientes libre para decidir y capaz de afrontar cualquier adversidad.

Me siento distinta, más segura de mí misma. Ahora tengo un objetivo, llegar a la Gran Roca a través de la cordillera de túmulos y descubrir la respuesta sincera a la pregunta más importante para mi destino. Eso fue lo que me dijo Legnea. Y a pesar de que no soy capaz de comprender a qué pregunta se refiere estoy convencida de que a lo largo de este camino, en algún momento lo descubriré.

Tengo la certeza de que alguien invisible me acompaña mientras la hiedra madre me indica el camino.

En mi mente resuena la última palabra que Legnea me dijo antes de desaparecer.

¡Confía!

Pues bien, confío, sonrío y continúo caminando.

No me doy un momento de descanso. Es una carrera contra reloj porque Tempus nunca falta a la representación de su ballet.

Ahora comprendo perfectamente lo que significa el paso del tiempo. Pero esta batalla la he ganado porque salgo del bosque antes de que Tempus lo inunde todo.

He seguido el camino que marca la hiedra y allí está. Aferrada a la tierra su rama primigenia, extendiendo sus tentáculos hacia el bosque. Su tronco, tan grueso como el de una vid centenaria, se hunde en el suelo despedazándolo por la fuerza con que se arraiga.

Ahora comprendo que si fue capaz de crecer en este pedregal, era inevitable que se extendiera de manera tan salvaje, apoderándose del bosque. Incluso podría seguir hasta cubrir la isla entera.

Me tumbo sobre sus hojas a descansar.

Gracias a la guardiana no ha resultado del todo complicado llegar hasta aquí. Por fin estoy fuera del bosque y me merezco un tiempo de pausa. Tal vez, mientras estoy aquí, alguien venga y me plantee la pregunta que debo responder.

El tiempo pasa, ¿por qué ahora me apremia tanto? La luna Tempus se mueve. Veo cómo surca el cielo por encima de mí, despacio, sin un momento de pausa. ¿Por qué tengo la impresión de que si me quedo parada estoy perdiendo segundos importantes de mi vida? ¿Por qué me angustio de esta manera? ¿Qué otros misterios me dejó sin revelar Legnea?

De nuevo estoy intranquila por las dudas.

Me pongo en pie. Haber llegado hasta la hiedra madre no es el final de mi camino. Me han ordenado que continúe hasta la Gran Roca y eso es lo que voy a hacer.

Tengo la intuición de que por ahora nadie va a aparecer, nadie va a venir a buscarme. Esta vez no es la voz de Legnea, es que ha nacido en mí una certeza que me acompaña desde que desterré todo temor.

Colina Intuición

*M*e encuentro cerca de la

primera colina. En un terreno rocoso donde crecen escasos matorrales adaptados a la aridez, encargados de dar un toque de vida a este yermo pedregal. Por aquí no se ve ni una brizna de hiedra.

Camino con dirección Norte. Me recreo contemplando el paisaje. Todo se hace nuevo para mí. La sensación de espacio abierto es reconfortante después de lo opresivo que fue el bosque.

Al Este, los acantilados abismales se confunden con la colina, como si una inmensa espada los hubiera cortado de arriba abajo de un solo tajo inclinado. Nada de esto lo podía ver desde el faro. Los altos árboles del bosque lo ocultaban. El acantilado es la colina y la colina es el acantilado.

El bosque queda tras de mí. Lo ocupa todo hasta donde la vista alcanza.

Solo hay un camino claro, subir a lo alto del túmulo por su parte central. Avanzar por su ladera no va a ser nada fácil. La pendiente es

muy pronunciada, desde aquí la cima se ve muy alta y dudo por dónde sería mejor iniciar el ascenso.

El suelo de la montaña está cubierto por una capa de cantos rodados. Esto hace que el terreno sea resbaladizo e inestable. Basta una mala pisada para que se forme un alud mortal. No me gustaría quedar aquí sepultada para siempre. Me he propuesto llegar arriba sana y salva. Es ahora cuando debo poner en práctica la constancia. He aprendido que no debo rendirme ante nada.

Comienzo a subir por la colina. Con fuerza impulso mi cuerpo para escalar la pendiente. Voy tanteando las rocas que piso, colocando las manos encima de las rodillas para ayudarme en cada zancada. Debo estar muy atenta sobre qué rocas planto mis pies.

Después de varios metros de ascenso compruebo que ninguna roca está del todo suelta y que pueden aguantar mi peso por un tiempo antes de despegarse. Debo calcular bien cuánto puedo permanecer sobre ellas antes de que se suelten.

Camino a pasos cortos a un ritmo constante. Uso mi intuición, esa especie de lucidez que da el instinto de supervivencia y la percepción de

las cosas sutiles. Creo que mis sentidos son capaces de apreciar una leve vibración, un mínimo sonido o el desprendimiento de un poco de tierra sin que yo sea consciente de ello.

Si me parara a pensar demasiado sobre qué roca pisar, fallaría y posiblemente me despeñaría.

Esta montaña guarda escondido el camino hacia su cima en la intuición del que la escala. Por eso se llama colina Intuición.

Es agotador, no puedo parar ni un segundo, tengo que mantener este ritmo constante, debo llegar arriba de una sola vez porque no hay segundas oportunidades.

Me dejo llevar por los instintos, ellos me indican dónde pisar.

Colina abajo se escuchan los golpes de las rocas que se desprenden. Ruedan, rebotan, chocan y se hacen pedazos. No debo mirar hacia abajo, tengo que centrar mi atención solo en el próximo lugar sobre el que poner mis pies. Utilizo mis reflejos.

Colina arriba las cosas no van mucho mejor, voy esquivando las rocas que se precipitan sobre mí.

Debo sobrevivir, no voy a rendirme. A pesar de las circunstancias continúo ascendiendo. Ya queda poco para llegar a la cima.

Colina Comprensión

En isla Kietud casi todo es peculiar. Ahora que estoy sobre la cima de colina Intuición puedo afirmar que no hay una ladera norte, siendo esta cima a la vez la meseta de la siguiente. Es como si hubiese subido el primer peldaño de esta montaña escalonada camino a la Gran Roca.

Si la ascensión por la falda de la colina Intuición se me hizo complicada, la que tengo ante mí es del todo imposible de superar. ¡Es una pared vertical! Un muro tan liso como el cristal.

¿Cómo voy a subir sin ayuda? Me niego a pensar que no hay otro camino, quizás se encuentre oculto.

Comienzo a bordear la pared palpándola con mis manos. Por alguna parte debo poder pasar.

La recorro desde el acantilado hasta donde la propia colina forma una muralla inaccesible.

Los albatros sobrevuelan mi cabeza. Graznan alborotados desde que se han percatado de mi presencia.

Continúo examinando detenidamente la pared. Y cuando parece que no puedo encontrar la solución, un pequeño detalle lo cambia todo.

Llaman mi atención los constantes chillidos de los albatros. Están muy bulliciosos. Algunos me vigilan surcando el cielo, otros se posan sobre las rocas del acantilado de la pared lateral de la montaña.

Veo como uno de ellos se introduce en una abertura por la que desaparece. Sin hacer caso a sus graznidos amenazantes, me asomo al hueco en el que espero encontrar un nido, para descubrir con asombro que no es un agujero socavado en el acantilado, que tras él está la entrada a una gruta que se introduce en las entrañas de la colina.

Decido continuar por aquí tratando de no importunar demasiado a la familia de albatros. Tan asustados como yo amenazan aleteando, soltando graznidos estridentes. Solo quieren proteger a su único huevo de esta intrusa curiosa. Me queda claro que no soy bien recibida en su hogar y que hacen todo el escándalo posible para que me asuste y salga de su territorio. Cada vez acuden más albatros al interior de la cueva, avisados por el insoportable sonido de sus graznidos.

Pegada a la pared de la cueva, sin perderlos de vista ni un solo momento, avanzo rápidamente, demostrando que no tengo miedo y manteniendo la calma, pero por dentro estoy aterrada, cualquier gesto de debilidad por mi parte podría hacer que se lanzaran sobre mí todos ellos y me destrozaran a picotazos.

Cuando me alejo lo suficiente respiro tranquila y continúo por la galería que lleva a adentrarme cada vez más en su interior.

La gruta no está totalmente a oscuras, desde el fondo se proyecta una luminosidad que la mantiene en penumbra. Poco a poco mis ojos se acostumbran a esta media oscuridad.

Camino despacio, con mucha prudencia. Me dirijo hacia la luz que está al fondo del túnel.

El suelo por el que piso parece sólido, continuo y ascendente, sin obstáculos. Podría decirse que es un camino en ascenso.

Estoy algo inquieta porque la luz del final parecía más cercana cuando entré. Ahora, a medida que me adentro es como si se fuera alejando a cada paso que doy.

No puedo dar la vuelta y salir por donde entré. Tras de mí sólo hay una espesa oscuridad.

De nuevo dependo de mí misma, de las decisiones que tome. De esta sensación interior que me anima a continuar y confiar.

Después de un tiempo caminando, siempre cuesta arriba, por las entrañas de la gruta, el silencio es absoluto, ya no se escuchan los graznidos de los albatros molestos por mi intromisión.

Tras de mí, sólo silencio y oscuridad, delante silencio y penumbra. El silencio pesa como el plomo, me ahoga. Noto el palpito de mis sienas. En medio de este silencio sepulcral comienzo a sentir el latido de mi corazón.

Entiendo de manera consciente que estoy viva, que sigo siendo yo a pesar de la oscuridad, a pesar del silencio, a pesar del tiempo.

Me inunda una maravillosa sensación. Experimento una profunda emoción al darme cuenta de que sigo viva.

De pronto, una imagen salida de la nada, se proyecta en mi mente. Es algo que me pasó y que vuelve a suceder.

Estoy sentada frente a un libro, concentrada en la imagen de una cueva oscura.

El libro cuenta como los hombres primitivos dejaban impresas manos rojas en las grutas. Lo hacían empapando sus manos en la sangre de los animales que cazaban para estamparlas luego sobre las paredes.

Este recuerdo no se desvanece como todos los que hasta ahora he tratado de sujetar.

Un recuerdo que no se va, que permanece, al que puedo seguir desplegando en una línea corta de tiempo. Aquí sigue y lo alcanzo, lo atrapo y lo conservo.

Una librería. Estantes llenos de libros. Una mesa y una silla. Mi lugar de lectura.

Aquí sigue, puedo continuar contemplado la imagen que hay en el libro y recordar lo que siento. Miedo, miedo que me recorre el cuerpo en forma de escalofrío al pensar que pudiera perderme en el interior de una gruta oscura, como en la que estoy ahora.

Y las dudas y las preguntas me asaltan sin piedad.

_Dios mío, ¿de dónde vine? ¿Qué me pasó? ¿Qué es esta isla Kietud?, Dios, ¿Por qué estoy aquí?

Preguntas sin respuestas, pensamientos rápidos descontrolados y sin sentido.

Sigo caminando apresuradamente porque estoy reviviendo aquel miedo que sentí. No sabría decir cuándo me pasó, ni dónde estaba pero ahora vuelve y se apodera por completo de mí. Quiero salir de esta cueva.

Avanzo sin detenerme por este camino que va cuesta arriba. El final está cerca puedo ver ya la salida.

Entre todas las ideas que asaltaban mi mente, mientras caminaba hacia la luz, una permanece fija.

Es un nombre. Comprensión. Así es como debo llamar a esta colina.

Y si algo comprendí al atravesar sus fauces, caminando por el interior de su pétreo intestino, es que estoy viva. Ser verdaderamente consciente de ello ha creado en mí un enlace invisible con mi chispa divina como aseguró Legnea.

He comprendido que todavía mis recuerdos existen en alguna parte. Que aún puedo acceder a ellos y rescatarlos allí donde estén bloqueados, desordenados o escondidos. Esto me da esperanza para seguir buscando la verdad sobre mí misma.

Dios quiera que, en ese pasado oculto, haya sido lo suficientemente inquieta y curiosa como para haber vivido multitud de experiencias, llenas de sentimientos y sensaciones, que valga la pena recordar.

Colina Valentía

*E*n isla Kietud nada es lo que

parece. Al principio pensé que colina Valentía no era más que un sencillo paso hasta el siguiente cerro. Esto lo imaginé al observar que tenía una escasa inclinación que facilitaría el ascenso, por eso creí que sería cómoda la escalada. Además era corto el recorrido hasta la siguiente cima y su ladera arenosa cubierta de una exigua vegetación no podía traerme demasiadas complicaciones.

Pero la cosa cambió cuando planté mi pie sobre su falso terreno y noté cómo me quedaba adherida sin poder soltarme.

Inmediatamente surge una voz con una pregunta.

—¿A qué tienes miedo?

No sabría decir de dónde proviene porque no es exterior a mí, es como si me interrogara mi propia conciencia.

—¿Qué juego es éste?— grito luchando por despegar mi pie del suelo. Pierdo el equilibrio pero antes de caer pongo el otro sobre esta

ciénaga que me atrapa y comienza a hundirme como tierras movedizas.

¿A qué tienes miedo? insiste la voz

Me estoy hundiendo lentamente. Respondo lo primero que me viene a la cabeza.

_Tengo miedo a hundirme.

Al instante mis pies se despegan y echo a correr ladera arriba. Noto cómo el suelo se hace cada vez más pegajoso. No doy ni siete pasos cuando vuelvo a quedar atrapada.

¿A qué tienes miedo? dice la voz una vez más.

_No quiero hundirme

Pero esta vez no da resultado y sigo pegada. El fango me va tragando lentamente. Tengo que contestar otra cosa.

Me acuerdo del pánico que sentí cuando estaba perdida en el bosque de las sombras. Sé que es un miedo superado pero voy a intentarlo. Me hago la valiente y grito

_Me da miedo a perderme.

Esta respuesta sí parece convencerle. No lo pienso, salgo del lodo y continúo corriendo.

Una pregunta, una respuesta. En esto consiste el juego al que estoy obligada a participar. Creo

haber comprendido su significado. Tengo que demostrar valor pero no el valor de superar el peligro a ser atrapada en este pantano extraño. No, se trata de sacar la valentía necesaria para ser sincera conmigo misma.

¿A qué tienes miedo? insiste

A las olas gigantes que destruyen faros
Contesto recordando mi sueño, aquél en el que el mar del Olvido y el viento Insolente crean una inmensa ola para destruir por completo mi faro.

_¿A qué tienes miedo?

_A caer arrastrada por un alud de rocas. Pero esa montaña ya la pasé.

Continuo camino hasta donde me lo permite. Es doloroso revivir los miedos pasados.

¿A qué tienes miedo? resuena una vez más en mi interior.

_A Tempus, pasando día tras día, por encima de mi cabeza sintiendo cómo me alcanza sin yo poder evitarlo.

_¿A qué tienes miedo?

_A no recordar porque estoy aquí.

Cada vez queda menos para llegar a la cumbre. Y la voz sigue interrogando en mi interior.

_¿A qué tienes miedo?

Atrapada debo seguir indagando dentro de mí todos los miedos ocultos.

_A las cuevas oscuras que me muestran que sigo viva.

Liberados mis pies sigo corriendo hacia arriba hasta donde puedo o me lo permite.

¿A qué tienes miedo? repite monótona en mi interior.

Esta vez se hunden mis pies a pocos pasos del final. Busco desesperada dentro de mí todos los miedos que no le he dicho. No me da descanso y el lodo me cubre poco a poco, debo contestar algo antes de que llegue hasta las rodillas.

Lo intento pero se me hace difícil vomitar ese miedo por la boca. No quiero escucharme decir lo que más temo. Pero si no lo hago me hundiré y el fango me enterrará viva en esta terrible colina.

_¿A qué tienes miedo?

Vamos, me animo, será la última confesión. _A

morir, temo morir y no poder ser más yo.

De inmediato mis palabras causan efecto y mis piernas se liberan del barro. Me apresuro hasta llegar a la cima de colina Valentía.

La pregunta ha cesado. Ya no golpea más con su insistencia. Estoy fatigada, me siento aturdida, todo mi cuerpo tiembla.

Ha sido muy duro volver a enfrentarme con los miedos que superé. Pero todavía lo es más ser consciente de los que me persiguen. Sé que necesitaré mucho más valor para poder superarlos. En este momento estoy orgullosa por haberlos reconocido. Me siento en paz conmigo misma.

¿Será esta la pregunta importante que debo responder? ¿Estaré ya preparada para mi destino?

La bruma

Desde que he comenzado el

ascenso a las colinas no he parado ni una sola vez a contemplar isla Kietud. Todo ha sido caminar, descubrir, decidir, superar, enfrentar los retos con los que me han puesto a prueba y seguir, seguir siempre ascendiendo.

A pesar de lo dramático que ha sido llegar hasta aquí, no puedo negar que isla Kietud es un lugar bello cargado de extrañezas y lugares insólitos. Nada de esto podía imaginar cuando contemplaba sus paisajes desde la comodidad de mi faro.

Ahora sé que no es lo mismo imaginar aventuras que experimentarlas y aunque está siendo muy duro el camino, comienzo a entender que Legnea tiene razón, es mejor la acción que la apatía. Es mejor arriesgar y descubrir que sentarse a esperar. Ir superando todos estos retos me ha hecho ganar confianza.

Sobre cumbre Valentía oteo el horizonte con la esperanza de que mi faro continúe donde lo dejé. Calculo que estoy a una altura mucho mayor que el punto más alto de la torre.

¡Por Dios, qué horror! Es cierto que no está. Legnea dijo la verdad, el faro ha desaparecido por completo. Y no es que haya sido arrasado por una ola inmensa como pasaba en mi sueño. Lo que está sucediendo es que una bruma espesa y amenazante está saliendo del mar del Olvido y avanza deprisa hacia el interior de isla Kietud.

Ya ha ocultado el faro, la playa y el bosque de las sombras. Avanza cubriéndolo todo. No queda nada en la isla más allá del pedregal a los pies de la colina Intuición.

Se aproxima, me persigue. Por eso siento que mi tiempo se acaba. Debo darme prisa, subir más arriba, superar las demás colinas hasta llegar a la Roca.

Colina Conocimiento

El siguiente montículo que me

espera es una inmensa amalgama de libros y arcilla. Pareciera que alguien hubiera tenido la estúpida idea de ir amontonando libros sobre un barrizal y no conforme con esto lo hubiera mezclado todo, como si de una gran sopa de lodo y libros se tratase, para más tarde, dejarlo secar en forma de túmulo.

Me resulta del todo insólito. Miles y miles de libros aprisionados para componer esta especie de vertedero de conocimiento.

Quiero coger uno al azar pero resulta del todo imposible porque están pegados los unos con los otros. Sólo puedo tirar de alguna de las hojas que por casualidad quedaron sueltas.

Me paro a leer lo que hay escrito en una de ellas y de manera inexplicable, reconozco de qué libro se trata. Podría asegurar que pertenece a uno que estudié en la asignatura de física. Hasta puedo ser más precisa y decir que se trata del tema donde se explica la fuerza de la gravedad.

Un escalofrío recorre todo mi ser ¿cómo es posible que pueda recordar?

Subo por entre los libros y el barro seco. Arranco, de esa masa amorfa, otra hoja libre que encuentro.

En la página un texto que describe los cuatro elementos que componen la naturaleza. De pronto algo está pasando en mi mente, como un relámpago que ilumina la oscuridad, se me hace visible una escena que transcurre durante una noche de San Juan, en la que junto a alguien realizo, de manera solemne, un ritual con fuego.

¿Qué significa esto? ¿Acaso toda esta montaña de libros son mis recuerdos perdidos? Pruebo de nuevo. Arranco más hojas y leo:

“Como arriba es abajo.”

Sí, reconozco la frase. Sé sin lugar a dudas dónde está escrita.

Pertenece a uno de mis libros preferidos, El Kybalión, de los Tres Iniciados. Obra llena de misterios que un día me propuse descifrar.

Lo recuerdo. ¡Es increíble!, hasta podría describir el lugar donde lo leí por primera vez.

Emocionada y feliz arranco hojas y leo. Esto es algo nuevo para mí. Leer y poder de inmediato

recordar sin esfuerzo, los sucesos de mi vida que van asociados a estas hojas.

Clases de química, experimentos en el laboratorio, pruebas de gimnasia, la cartilla en la que aprendí a leer, mi primer libro de misterios indescifrables.

Ya no puedo dejar de ascender por el túmulo de libros olvidados, mientras, a mi paso rasgo hojas de aquí y de allá, apretándolas contra mi cuerpo, para abarcar con mis brazos la mayor cantidad posible, con la esperanza de que al llegar a lo más alto, recuerde todo lo que sucedió en mi vida.

Tal vez queda una parte de mi memoria intacta sin roturas y por eso tengo la posibilidad de verlo en mi mente con la ayuda de las hojas impresas de todos estos libros aquí amontonados.

Sin lugar a dudas el faro no es mi hogar, porque recuerdo otra casa, otra habitación y sobre todo recuerdo una vieja librería con libros de segunda mano a la que yo acudía todos los jueves sin falta.

Coronando lo más alto de la cima, como si fuera la guinda de una enorme tarta de conocimiento, está "El Libro", mi último libro.

Bajo los brazos y suelto de golpe todas las hojas que he recogido. Algunas caen a mis pies otras vuelan cuesta abajo.

No sabría explicar porque soy capaz de reconocer este hermoso libro azul, a pesar de estar sin memoria. Es el último libro que leí y aquí está, perfecto, sin daño alguno y suelto del resto, como si alguien lo hubiera colocado aquí arriba con la intención de que lo encuentre.

Lo aprieto contra mi pecho llorando emocionada como si se tratara del reencuentro con un viejo amigo al que he querido siempre.

Ya todo encaja en mi cabeza. Recuerdo el lugar del que vengo, la ciudad, el instituto, las cosas que me gustan, los lugares a los que planeo ir. Pero todavía queda un hueco por rellenar. Son recuerdos que no me atrevo a despertar. Presiento que serán dolorosos y traumáticos para mí. Tengo la sensación de que esos recuerdos responderán a muchas de las preguntas que me hago sobre por qué llegué a esta isla.

Sé que lo sabré de golpe en el mismo instante en el que abra este libro azul y lea.

Por eso lo estoy pensando tanto antes de hacerlo. No sé si estoy dispuesta a enfrentarme a la verdad de todo lo sucedido.

Acaricio con mis dedos la portada de este grueso libro deseando que lo que me pasó no sea lo que mi corazón intuye.

Leo las primeras palabras que aparecen escritas sobre él. Parece ser una dedicatoria manuscrita.

“Apreciada Emma:”

De mi garganta sale un grito desesperado que resuena por toda la isla.

Cae el libro de entre mis manos para estrellarse contra el suelo junto a mis esperanzas.

Sólo esas dos palabras escritas y la verdad me golpea con toda su crueldad.

Ya sé que me sucedió y por qué estoy aquí.

Un gran desasosiego me paraliza y todo comienza a dar vueltas a mi alrededor.

Me falta el aire. Mis piernas tiemblan y se doblan. Como puedo me siento en el suelo.

El corazón late tan deprisa que podría salirse de mi pecho. No puedo respirar.

Ya está aquí la maldita migraña de siempre para aumentar mi sufrimiento. Rápidamente se extiende. Este dolor de cabeza tan inoportuno aparece ahora, justo cuando en mi mente se libra una batalla mortal por la verdad.

No puedo mantener mis ojos abiertos por más tiempo, el sopor es más fuerte que toda mi voluntad.

Una fría oscuridad se cierne sobre mí. Lucho contra mí misma mientras me desplomo inconsciente. Tengo el presentimiento de que no volveré a despertar.

Me llamo Emma

*M*e siento profundamente

triste. He despertado de nuevo sin recuerdos y esta insoportable tristeza aplasta mi ánimo como una carga pesada.

Si bien sé que alcancé la cumbre de colina Conocimiento y que caí en un profundo sueño por culpa de la migraña, no puedo explicar cómo he llegado hasta esta otra cima.

Me duele todo el cuerpo y me cuesta mucho moverme. A pesar de ello me pongo en pie y camino lentamente hasta el filo del precipicio.

No hay duda, estoy en la cima de la colina Consejo porque allí abajo queda el gran amasijo de libros y arcilla que forman colina Conocimiento.

Más allá el panorama es aterrador.

De la colina Valentía apenas queda nada, está siendo engullida por la bruma que sigilosamente avanza, sigue elevándose sin avisar como lo hace el nivel del mar con el deshielo de los polos.

La maldita niebla lo está haciendo desaparecer todo. Pronto me dará alcance si no continúo ascendiendo y llego a tiempo a la Gran Roca.

Pero quisiera recapacitar un poco, poner en orden mis pensamientos y saber qué puedo salvar de los recuerdos que me quedan.

Agotada me siento sobre el árido suelo y me concedo unos instantes para organizar mi cabeza.

Soy consciente de que vi todo lo que me sucedió y que enfrentarme a la verdad me ha causado esta gran pena.

Sin embargo sin ayuda del guía interior los recuerdos no se fijan en mi memoria rota. Ahora sólo me queda una sensación amarga y el hueco que dejan los recuerdos perdidos.

He tenido que esforzarme mucho hasta dar con uno solo que no se hubiese borrado.

Me llamo Emma.

Colina Consejo

*L*a cima de colina Consejo es

completamente plana. Una extensión enorme cubierta por un desierto. Casi yerma si no fuera por un árbol solitario que ha brotado en la mitad.

La bruma me apremia a continuar, no ha parado de subir por la ladera sin descanso. El miedo a que me alcance hace que continúe a pesar de lo cansada y dolorida que me siento.

Mi próximo objetivo es aquel insólito árbol de poca altura y madera color ceniza. Parece un árbol gris, apagado, sin brillo alguno.

A medida que me acerco puedo comprobar que tiene varias singularidades aparte de ser muy desproporcionado.

Su tronco es excesivamente grueso y sus ramas demasiado largas y curvas. Algunas incluso tocan el suelo por el enorme peso que soportan. Está cargado de frutos extraños.

Cuando llego hasta él mi sorpresa es mucho mayor. No sólo porque descubro que está seco, muerto desde hace tiempo, sino porque de las

ramas secas, junto a grandes hojas marchitas, cuelgan centenares de retratos de personas.

Camino a su alrededor estupefacta. Todos estos rostros me hacen caer en la cuenta de algo que hasta ahora no me había importado.

—¡Hay personas!

¿Cómo es posible que no recordara que existen más personas que yo? Desde mi conciencia resuena la pregunta como cuando atravesaba el sendero de colina Valentía.

—¿A qué tienes miedo?

Estoy segura de haber recordado un viejo miedo dormido.

—¡Tengo miedo a la soledad!— susurro para mí.

En lo más profundo de mí misma está la certeza de que todas estas personas han tenido relación conmigo en algún momento de la vida. Algunas sonríen, otras tienen el rostro serio.

Sin embargo no recuerdo absolutamente nada de ninguna de ellas. Me esfuerzo por averiguar quiénes pueden ser. Por su mirada o por sus rasgos singulares, por su gesto o simplemente por la forma de su nariz.

¡Es desesperante! No logro encontrar un enlace, un atisbo de recuerdo.

No importa, no me voy a rendir, sé que son importantes para mí. No perderé la esperanza de reconocer, aunque sólo sea, una de estas caras. Debo intentarlo.

A medida que muevo las fotos para tratar de identificar el rostro de cada una de ellas, las hojas secas se desprenden a decenas. Cosa contraria a lo que sucede con los portarretratos que estaban bien sujetos a la rama y no hay forma de soltarlos.

Cuando termino con los que quedan a mi alcance, trepo por el tronco para llegar a los que están situados en la parte más alta.

Metódicamente los voy revisando, uno a uno, luchando contra los vacíos que hay en mi mente, esforzándome por recordar alguna de estas personas.

¡Quiero volver con vosotros! grito al viento.
¿Acaso hay alguien que puede librarme de esta soledad?

Los cuatro retratos

El extraño árbol aún tiene

algo estremecedor que desvelar.

En medio del triste y seco ramaje que compone su esqueleto gris, lucha por continuar con vida, una pequeña rama verde de la que cuelgan cuatro retratos. Tres hombres y una mujer.

Observo el rostro amable del primero. De inmediato su voz atraviesa mi alma.

_¡Te quiero tanto mi pequeña!

¡Papá! susurro desconcertada.

Sus palabras transmiten todo el amor que siente por mí. Me arrebató la emoción y las lágrimas se desbordan por mis ojos.

Te reconozco, te quiero papá le digo esperando que me escuche allá donde esté.

Limpio las lágrimas para poder contemplar el retrato de quien es mi padre. El que me dio la vida y sacrificó la suya por protegerme, para alimentarme, para educarme, para cuidarme, por acompañarme en los momentos difíciles de mi corta vida.

_¡Como desearía estar a tu lado!

Me acerco al siguiente portarretratos colgado de la rama verde. En él hay un rostro de mujer de hermosos ojos ámbar como los míos y una sonrisa amplia que desprende luz. Un aroma familiar de jazmín y limón me envuelve, me embriaga.

—¡Mamá, eres tú! ¡Te quiero tanto mamá!

Te reconozco, ahora sé que eras tú quien inundaba de olor mi habitación. Todo este tiempo has estado conmigo. Nunca me has dejado sola.

Sonrío, porque la siento tan cercana. Sus ojos me miran, sé que lo hacen allá donde esté. La imagino colocando su rostro sobre mi rostro. Protegiéndome, con su cálido amor en forma de besos regalados.

Con el tercer retrato llega a mí la imagen de una hoja con palabras manuscritas.

“Apreciada Emma:”

—¡Señor Elías!

Su nombre sale de mi boca sin pensar.

De aquel rostro percibo el cariño y la paciencia que en algún momento ha derrochado conmigo.

En sus ojos veo lo que es la verdadera amistad.

Alcanzo con la mano el cuarto portarretratos. En él aparece la fotografía de un muchacho, de mirada limpia y sonrisa sincera. Y si bien al mirarlo no logro percibir sensación alguna, si no me equivoco, esa mirada cuenta que está secretamente enamorado de mí.

Cuatro personas, nada más, que se aferran a la única rama con vida.

Me aventuro a pensar que ellos son los únicos que aún me buscan, porque ahora tengo la certeza de que me he perdido y sólo ellos cuatro conservan la esperanza de verme regresar a su lado.

Ellos son mi familia y los quiero llevar conmigo. No quiero dejarlos aquí, suspendidos de un árbol moribundo.

Trato de arrancar los retratos de la rama verde a la que se asen, pero me resulta imposible. Entre sollozos lo intento tirando con todas mis fuerzas y sólo consigo hacer que se desprendan hojas secas que caen livianas sobre el suelo de arena.

—¡Maldito árbol, dámelos, son lo único que me queda!

El viento trae con prisas un sonido grave, profundo y continuo. Alguien en la lejanía hace sonar una caracola. Es el aviso de que algo terrible acecha.

Desde lo alto del árbol miro a mi alrededor. Por el borde mismo de la colina Consejo aparece la bruma monstruosa, sepultando todo a su paso. Acaba de alcanzar la cumbre y se derrama por el suelo desértico. Avanza deprisa rodeándome, empeñada en hacerme desaparecer.

Hago un último intento por arrancar los portarretratos de la rama del árbol pero es inútil, he de resignarme. No podré salvarlos.

Salto del árbol y echo a correr desesperada. Entre lágrimas pido al cielo que no permita que olvide nunca sus caras.

La bruma se acerca, debo correr aún más deprisa y llegar a lo alto de la colina Sabiduría.

El jardín

En la cumbre de colina

Sabiduría hay un jardín. Un jardín inmenso de belleza sin igual. Tan magnífico y amorosamente cuidado, que mire a donde mire, rebosa de vida y color. Me siento tan maravillada ante tal derroche de hermosura que desaparece por arte de magia cualquier indicio de penuria que pudiera sufrir.

He tenido que salir corriendo sin mirar atrás, no hubo más remedio que dejar en la rama del árbol los retratos de las únicas personas que aún piensan en mí. Pero ahora en este paraíso nada parece afectarme. Tal vez sea por la belleza del lugar o por el ambiente de paz que se respira, pero nada más que la calma habita en mi alma.

Solo un habilidoso jardinero, amante de su trabajo, puede haber ideado y cuidado con tanto esmero, un jardín tan espléndido.

¿Será él quien hizo sonar la caracola dando aviso del peligroso avance de la bruma escalofriante?

Tengo que encontrarlo. Quiero darle las gracias. Tal vez esté por aquí, preocupado por el futuro que le espera a su maravillosa obra. Quizás él sepa cómo hacer que retroceda la bruma que nos invade. Tal vez, si le ofrezco mi ayuda, pueda indicarme el camino a casa.

Lo busco por los caminos trazados a lo largo del jardín. Entre los arbustos de rododendro en flor. Bajo las ramas de los sauces llorones.

Tal vez esté podando rosales o sentado descansa junto a la fuente de nenúfares.

Hasta aquí no hay rastro del jardinero. Es un jardín tan extenso que puede llevarme algún tiempo encontrarlo.

Me siento sobre uno de los bancos de madera que hay al borde del camino. Pararé un momento. Mi frustración es grande. No he podido dar con el dueño del jardín. ¿Y si no hay jardinero?

—¡Imposible!

Lo más seguro es que no quiera ser encontrado. En cualquier caso lo seguiré buscando en cuanto termine mi descanso.

Cierro los ojos y me dejo envolver por el lugar.

Llegan a mí los perfumes mezclados que inundan el aire. Rosas, jazmines, lilas, mimosas, azucenas.

Abro los ojos. Me siento privilegiada por este regalo para mis sentidos. Es tan agradable encontrarse en medio de este equilibrio armónico de aromas, colores y formas, que por un instante me he sentido parte de la composición de esta obra perfecta. Por un momento me he sentido en paz.

Mis pensamientos me llevan a concluir que sólo alguien bueno, sabio y bello ha podido diseñar y organizar cada una de las piezas que forman este jardín. Y siento lástima. Es una pena que tan bello lugar sea extinguido como el resto de isla Kietud.

Y se me ocurre que no es mal final para mí, terminar siendo engullida por la bruma, formando parte de este sublime jardín.

El menhir Adoración

*E*l sendero en el que me

encuentro termina en un cruce de caminos. Y en el centro del cruce se alza un monumento granítico a modo de menhir.

Una planta bien conocida por mí, la hiedra, se agarra codiciosamente, enredando el monolito desde su base hasta casi la parte más alta.

Quiere ocultarme algo, lo sé, nos conocemos bien ella y yo.

Aparto sus hojas y no tardo en descubrir que tras ellas hay indicios de un grabado.

Parecen letras.

Arranco las hojas con rabia y tiro de sus ramas con fuerza. Sus pequeñas raíces, son tentáculos fuertes que se han aferrado tanto a la piedra que al arrancarlos se llevan consigo trozos de granito.

No tengo piedad y termino por arrasarla entera. Una vez libre de la asfixiante trepadora dejo al descubierto lo que tanto escondía.

Alguien hace mucho tiempo, en esta encrucijada y sobre un monumento pétreo, talló algo para no olvidar.

Sobre la piedra cincelada se lee:

Monumento en recuerdo a Dios.

“Verdad, Belleza y Bondad”

Caigo de rodillas a sus pies, con respeto y verdadera humildad. Hinchida de una emoción sublime. Rendida ante la evidencia y la comprensión final de todo.

-Eres tú. Tú eres a quien estoy buscando. El jardinero de este bello lugar, el diseñador de universos, mi Dios.

Postrada ante el monumento que te conmemora, se disipa la oscuridad que ocultaba mis recuerdos y surge una luz que ilumina el pasado hasta ahora perdido en mi memoria rota.

Ante esta sencilla roca, sobre la que alguien quiso definirte, ¡a ti que eres el Todo!, con solo tres palabras, soy capaz de mirar de frente la verdad y aceptar sin temor lo que me ha sucedido.

Me siento cambiar en una metamorfosis interna, que me lleva a la comprensión de esta realidad.

Soy capaz de advertir la belleza de las personas que me aman y siento en lo más profundo de mi alma, la bondad que derrochas en mí, permitiéndome así llegar hasta donde ahora estoy arrodillada.

No importa que no recuerde la mayor parte de mi vida pasada porque hay alguien custodiando mis recuerdos.

No importa que ya no vuelva a la que había sido mi casa, porque hay un lugar mejor al que volver.

Desde lo más íntimo de mi alma surge espontánea una oración para darte las gracias.

Gracias Dios mío porque me has dado el tiempo necesario para sentirte y reconocerte.

Gracias por estas cuatro personas que me aman y me acompañan al otro lado durante todo este largo y doloroso trayecto. Siento su amor y me siento plena.

Ahora sé que era a ti a quien buscaba en mis libros, bajo los misterios, en cada enigma, te buscaba a ti sin saberlo.

Dios, Padre mío, hasta aquí por fin he llegado superando todas las pruebas del camino.

He seguido el salvoconducto que me dio Legnea y confío Padre. ¡Confío!

Preparada estoy para darte mi respuesta, esa que quieres sea consciente, sin dudas y final.

Preparada estoy Padre, para hacer uso del libre albedrío que me regalas y así elijo lo que será a partir de ahora mi destino.

Sí, deseo sobrevivir, formar parte de tu sublime plan por el que lograré ser perfecta y así llegar hasta ti.

La alegría me embarga. La sensación de paz que me inunda es plena.

Ya no existe el dolor ni el sufrimiento.

Mi alma está feliz, conmovida por este descubrimiento de verdad en el interior de mí misma.

El final de toda mi existencia mortal se aproxima. Lo sé. Pero ahora tengo esperanza.

Ya queda poco para llegar a la Gran Roca.

Me pongo en pie y continúo sendero adelante.

La pradera

El jardín termina en el cruce

de caminos. Más allá todo lo cubre una inmensa pradera de fresca hierba verde.

El camino de tierra situado tras el monolito se introduce en la pradera dividiéndola en dos. Lleva dirección norte y es el que me conducirá a la Gran Roca.

A medida que avanzo la vereda va siendo conquistada por la hierba que termina diluyéndola hasta hacerla desaparecer.

Me descalzo y dejo los zapatos sobre el final del sendero. Ya no me harán falta y la pradera invita a sentir directamente sobre los pies su frescor y suavidad.

Desde que soy consciente de lo que me sucedió antes de llegar a isla Kietud, a mi guía interior le resulta más fácil avivar en mi mente los recuerdos del pasado.

Con solo oler el aroma que desprende la hierba con mis pisadas, soy capaz de revivir un momento feliz de mi infancia.

Así recuerdo una tierna escena familiar, en una pradera de un parque que desprendía este mismo olor refrescante.

Voy corriendo descalza en busca de mi padre que se esconde tras de un árbol. Mi madre, sentada sobre una manta, sonrío y me hace gestos delatando donde se halla.

La felicidad me embarga recordando a mis padres juntos en aquellos días de complicidad. Todo ese amor lo conservo dentro de mí para siempre.

El final de la pradera es brusco. Este mar verde desemboca en los acantilados Abismales, un solo paso más y caeré al vacío.

Ante mí sólo el mar del Olvido. Una inmensidad azul hasta donde la vista alcanza. Más allá no hay nada. Ni un islote, ni un continente, ni el océano del Kaos.

Isla Kietud está sola en medio de este mar del Olvido. Quizás de aquí provenga su nombre porque sólo el olvido me acompaña.

Me pregunto por qué no está la Gran Roca. ¿Acaso isla Kietud termina aquí?

Me asomo al borde del acantilado. La maldita bruma sube sigilosa, precipicio arriba, rodeando isla Kietud como una boa constrictor,

asfixiándola lentamente hasta terminar con ella,
hasta terminar conmigo.

Estoy atrapada.

Alzo la vista al cielo y descubro algo insólito.

Allí arriba, flotando de manera inexplicable,
ingrávida, está la Gran Roca. Siempre había
pensado que pertenecía a isla Kietud pero
ahora puedo comprobar por mí misma que
estaba equivocada.

Ligera como una pompa de jabón se alza
desafiando toda ley natural. Flota en el aire sin
ningún amarre.

Imposible alcanzarla, no hay nada que me lleve
hasta ella y tras de mí continúa aproximándose
la niebla avanzando sobre la pradera.

No puedo dejar que me atrape, no a tan poca
distancia de la Gran Roca.

Dios mío ayúdame imploro acorralada.

Esta vez yo sola no podré llegar.

La bruma ya está aquí, apenas a diez pasos de
mí. No queda más tiempo, isla Kietud
sucumbirá y yo con ella.

Descalza al filo del acantilado ¿qué más puedo
hacer? Solamente confiar.

Miro hacia arriba, sin preocuparme por nada. Ni siquiera me importa que la bruma por fin me vaya a atrapar.

Si ha de ser así, aquí me quedaré, formando parte inerte de una isla en calma.

Y es cuando creo que ya todo está perdido, que una luz, proyectada desde la Gran Roca, hace visible a mis ojos una larga escalera.

Estoy a un solo paso para alcanzarla. No lo pienso, de un solo salto llego al primer escalón.

Me libro justo a tiempo, porque la bruma ya ha sepultado entera la última cima de isla Kietud.

Y ahí se ha quedado. Algo le impide seguir escalera arriba.

Ahora que la ha cubierto por completo, ya no tiene más isla por donde avanzar.

Parece que lo sabe y se lleva consigo a la isla sumergiéndola entre las aguas.

Dejando el mar del Olvido vacío, sin nada.

La escalera de los Recuerdos

Subo descalza por

escalones de piedra salpicados de musgo verde, en los que brotan, por entre sus grietas, pequeñas plantas de flores diminutas.

Algo extraño sucede al poner mis pies sobre estas rocas planas. Y es que cada vez que piso uno de los peldaños, me asaltan sensaciones de mi vida.

Sobre los primeros escalones que pisé, sólo imágenes, voces, olores o sabores me invaden la mente. Pero a medida que subo la cosa se complica y las sensaciones pasan a ser los recuerdos de momentos importantes, revividos en apenas segundos.

En uno de los libros sobre isla Kietud, se hablaba de una leyenda antigua en la que se contaba que existía una escalera al cielo. Decía que a medida que por ella ascendías, toda tu vida pasaba ante tus ojos. Creo que ésta debe ser la escalera de los Recuerdos, así la llamaba.

Siempre había pensado que era falsa su existencia porque en cada búsqueda que hice

desde lo alto de la torre del faro, nunca descubrí el menor indicio.

Ahora ya sé por qué. Era necesario un paso de fe viva para encontrarla.

Pero estoy segura de que es mi guía interior quien está tras este extraño hecho. Que es él quien me lanza los recuerdos que tiene a buen recaudo.

Con cada escalón un recuerdo se me revela. Otra vez ha pasado, cuando pienso que todo lo he perdido, llega el cielo y me rescata.

Todos mis recuerdos quedan por fin liberados. Escalón tras escalón hasta completar mi vida entera.

La Gran Roca

*A*rriba alguien me está

esperando. Una figura alta y esbelta cubierta, desde la cabeza hasta los pies, por una amplia capa negra. No sé quién es, ni si me dejará pasar. Estoy a pocos peldaños de cumplir con el mandato. Un escalón más y habré llegado a la Gran Roca. Tal vez sea necesario superar un último reto. Adivinando mi temor, la figura descubre su rostro retirando la capucha hacia atrás.

Es Legnea. Esta vez sí puedo ver bien su rostro. Me sonrío con ternura. ¡Es tan hermosa!. Su larga melena rubia cae sobre sus hombros como un manantial de luz. Toda ella irradia un resplandor celestial. Reencontrarla aquí hace desaparecer toda incertidumbre.

Me tiende su mano ayudándome a subir el último escalón.

Emma me susurra

_Ya has decidido tu destino. Nada has de temer.

Avanzo de su mano.

Contemplándola se deleitan mis ojos, hipnotizada por la dulce melodía de su voz. Consigue que todo en mí se aquiete, se calme. Me hace sentir paz en el alma, como cuando estaba en el prodigioso jardín.

Continuamos caminando mientras sigo embelesada de tanta belleza y bondad que irradia.

Sé que ha sido fiel a la promesa que me hizo en el bosque. Tengo la certeza de que es ella la presencia que en todo momento he sentido a mi lado. Ella la que no ha dejado que me rindiera ni un solo momento en toda esta aventura maravillosa. Infundiéndome siempre valor para continuar. La que hizo sonar la caracola alertándome del avance de la bruma.

Mi guardiana, mi compañera de camino.

Pero hay algo más. Si miro en la profundidad de sus ojos de luz, puedo verla a mi lado, desde que yo era niña, en noches de miedos nocturnos, en momentos de enfermedad, en las risas y en los llantos, siempre a mi lado.

Se suelta de mi mano y nos paramos.

Sabe muy bien todo lo que estoy descubriendo en ella. Pero se limita a decirme con amor.

_Ahora has de cruzar la puerta.

No atiendo a su mandato ya que para mí sólo está ella.

Siendo consciente de la quietud y serenidad en las que estoy sumida debido a su presencia, Legnea, sonrío y vuelve a insistir con un gesto.

Alzando el brazo, señala con su mano la dirección que debo seguir.

Miro al frente, hacia donde apunta y salgo de este estado calmo en el que me hallo.

Legnea desvela la última prueba que debo superar.

De inmediato vuelvo a ser dueña de mis sentidos y recobro la realidad, soy consciente de dónde estoy y para qué vine hasta aquí. Después de superar tantos miedos por fin he llegado a mi destino.

Contemplo mi alrededor. La Gran Roca bien podría ser un gigantesco trozo arrancado de isla Kietud. Como si alguien hubiera cortado de arriba a abajo el acantilado más septentrional de la isla y lo hubiera puesto a levitar en el aire.

El suelo, completamente plano, está cubierto por la misma hierba verde y fresca sobre la que pisé en la pradera.

El monumento en forma de puerta está situado en el centro de la Roca.

Por encima de mí aparece la chispa de luz que me guió hasta la guardiana en el bosque de las Sombras. Creo que va a acompañarme hasta el final.

Ahora comprendo bien lo que me indica Legnea.

—¡Cruza la puerta!

La puerta

*S*obre altos pedestales se

elevan dos fustes cilíndricos descomunales. En el extremo superior, reposa sobre los capiteles, un dintel tan pesado como el temor que causa la propia muerte.

Pese a que el vano que forman los tres elementos es enorme, nada puede verse al otro lado. Una densa oscuridad separa dos realidades.

A poca distancia, tras de mí, el destello de luz me acompaña.

Me voy acercando lentamente hasta quedar a un solo paso de esa oscuridad silenciosa. El inmenso monumento impone tanto respeto que bajo él me siento minúscula e insignificante.

En el umbral de la puerta, la inquietud me angustia y no sé si tendré el valor suficiente para adentrarme en ese vacío, sin saber nada de lo que me espera al otro lado.

Miro atrás con gesto asustado buscando la ayuda de Legnea.

No temas nada querida Emma insiste infundiéndome confianza y valor para que dé el último paso.

_No es más que una puerta.

Sé que dice la verdad porque ella nunca miente, pero la incertidumbre a lo desconocido es poderosa y frena mi voluntad para cruzar.

Sabiendo cuáles son los pensamientos y sentimientos que me rondan, se dispone a revelarme algo de lo que sucederá al otro lado.

_En tu largo camino a casa siempre te encontrarás con la incertidumbre. Ayúdate de la fe y la esperanza para continuar.

Tras esa puerta volveremos a vernos. ¡Confía!.

Porque yo soy la guardiana, la custodia de tu alma. Ya has sido juzgada y ya no hay dudas.

En el primer mundo mansión volverás a la vida. Una vida muy diferente a la que hasta ahora has experimentado. Volverás a ser tú misma. En el momento en el que el Espíritu de Dios regrese a ti_ dice señalando a la chispa de luz, que cruza rauda la puerta desapareciendo al otro lado.

Atónita, ahora llego a comprender muchas de las revelaciones que me hizo en el claro del bosque.

Sus palabras me llenan de renovada esperanza.

_Allí comenzará la más bella de tus aventuras. El verdadero camino a casa. En busca del abrazo con Dios.

Asiento con la cabeza a modo de agradecimiento, con la fe puesta en su promesa.

_ ¡Sobreviviré!_ digo convencida

Legnea sonrío al verme dispuesta.

Ya soy capaz de dar el último paso en esta vida.

Cruzo la puerta en busca de mi destino, camino a casa.

Segunda parte

La vieja librería

*L*a campanilla sonó al abrir

la puerta de la vieja librería.

El aroma avainillado de libros viejos, penetró en su nariz en cuanto pasó a la tienda.

Le encantaba cómo aquel olor conseguía de inmediato trasladarla a un mundo diferente, imaginario. Donde ella era una aventurera en busca de libros olvidados.

A esta pequeña cruzada personal la llamaba su “búsqueda de la Verdad”. Estaba convencida de que en uno de ellos, hallaría el secreto más importante jamás contado. Sólo era un sueño romántico pero con esa ilusión se sentía especial y motivada.

Y así cada jueves por la tarde, después de su clase de inglés, acudía a la cita con los libros que su amigo, el señor Elías, le dejaba curiosear en la trastienda.

Aquel almacén era un lugar repleto de libros viejos de segunda mano, perfectamente identificados y clasificados a modo de biblioteca. Un escondite aislado y perfecto,

rebosante, allá donde miraras, de conocimiento. El mejor lugar del mundo para aprender sin que nadie le molestara.

A la librería le gustaba ir sola. No quería compartir con nadie más aquella búsqueda de lo desconocido.

Aquel rincón de la ciudad era para ella muy especial porque podía sentirse libre para soñar, imaginar, investigar o buscar respuestas a todos los enigmas.

Era joven e impaciente. Pasaba de unos a otros según el tema o la línea de investigación que en ese momento indagaba.

No todos los libros los terminaba de leer por completo. De unos, le bastaba con mirar por encima el índice de los capítulos, de otros nada más le interesaba las fotografías sobre fenómenos inexplicables. Sólo se dedicaba a leerlos por entero, si estos conseguían despertar suficiente curiosidad como para que ella les ofreciera su tiempo. Por esta razón el señor Elías solía decirle que nunca dejaría de ser aprendiz de todo y experta en nada.

Aquella tarde Elías parecía no estar en la tienda. En el mostrador un joven, poco mayor

que ella, se esforzaba sacando libros de cajas para luego etiquetarlos.

Desde que Emma entró por la puerta el muchacho no la había dejado de seguir con la mirada.

En el mismo instante que la vio entrar, sintió mariposas en el estómago y palpar de prisa el corazón. Nunca había visto una chiquilla tan bella.

¿Te puedo ayudar? le preguntó amablemente

¿El señor Elías no está? interpeló contrariada.

Tengo su permiso para venir los jueves a leer libros aclaró apresuradamente, mientras se acercaba al mostrador.

¡Pues claro! tú debes ser Emma. Yo soy Dámaso se presentó sonriendo el muchacho, mientras dejaba torpemente la etiquetadora sobre la mesa para poder extender la mano cortésmente.

Emma correspondió al saludo con timidez.

La forma en que la miraba, aquella sonrisa desproporcionada y que supiera su nombre, la dejó perpleja. Sintió un apretón cálido en su mano. Que retiro en cuanto pudo.

Elías es mi tío explicó rápidamente el muchacho al ver que ella se incomodaba.

Él ha tenido que salir en busca de unos libros y me ha dejado por esta tarde a cargo de todo. Pero antes de salir me pidió que te entregara un libro y te dijera que es el que siempre has estado buscando

La cara de Emma se iluminó al oír aquello.

Dámaso la guió al fondo de la tienda.

Lo que más le entusiasmaba a Emma aparte de su, “búsqueda de la Verdad,” eran las largas charlas que mantenía con el señor Elías. Los dos eran aficionados al estudio de la ufología, la parapsicología, las diversas religiones, los fenómenos extraños y a todo hecho, lugar o ser del que nadie pudiera dar una explicación posible.

A pesar de la gran diferencia de edad, ellos dos se entendían muy bien. Tal vez porque ella deseó siempre haber conocido a sus abuelos o porque para él, ella era la nieta que jamás tuvo.

Compartían una visión muy parecida de la realidad desde la que analizaban todos los hechos de forma diferente. De tal manera que uno aportaba la sensatez, la experiencia y los conocimientos y la otra lo llenaba todo con su

imaginación, su ímpetu y una prodigiosa memoria. Hacían un buen equipo de investigación en esa búsqueda de la verdad.

Con el señor Elías, Emma se expresaba de una manera abierta pues no temía reproches a las ideas absurdas que a veces se le ocurrían. Es cierto que algunas veces, esas locas deducciones suyas, provocaban en Elías una sonora carcajada. Pero a ella esto no le molestaba, porque enseguida él afirmaba:

—¡Interesante punto de vista!

Él se había convertido en una especie de guía espiritual, de maestro de la vida. La muchacha lo admiraba mucho y se sentía apreciada.

Los padres de Emma, Celia y Mauro, conocían al señor Elías desde mucho antes de que ella naciera. Entre los tres, cada uno a su manera, inculcaron en la niña el amor por la lectura. Desde siempre aquella librería había sido la preferida de sus padres porque podían encontrar cualquier libro que buscaran. El señor Elías era muy cumplidor con los encargos. Por muy difícil que fuera, más tarde o más temprano, daba con el libro deseado.

Mauro y Celia pasaban por una etapa difícil a causa del divorcio. Una guerra legal estaba

haciendo pedazos la familia que habían formado.

Esta separación había coincidido con la entrada en la adolescencia de su única hija y Emma se había convertido para ellos en un ser retraído y extraño. Por eso se alegraban de que al menos siguiera interesada por la lectura, a pesar de que sólo se dedicara a leer libros raros.

Sabían que con el señor Elías estaba en buenas manos.

Si para sus padres era un ser imposible de comprender, no lo tenía mucho mejor con la gente de su instituto.

Casi todos la consideraban una chica rara y solitaria. Imposible de clasificar en algún estilo o moda conocida por los adolescentes de su alrededor.

A pesar de parecer antisocial, mantenía una estupenda relación de amistad con Valentina y Carlota, dos hermanas mellizas que conocía de toda la vida.

La amistad se remontaba al días en el que sus madres se conocieron en el parque en el que las llevaban a jugar por las tardes y continuo al coincidir en el mismo colegio.

Con ellas compartía la afición por los libros de magia, de brujería pagana.

A las tres les encantaba inventar rituales mágicos. Querían ser las más grandes y poderosas hechiceras del reino de Ávalon.

Pero cuando se trataba de buscar la verdad Emma prefería estar sola en aquel almacén de libros viejos y olvidados.

Para el señor Elías, ella era una persona divertida, de mente abierta, llena de curiosidad y de preguntas aún por responder. Cuando Emma se sentía abatida por todos los problemas que atravesaba su desintegrada familia, o cuando la insultaban y la acosaban en el instituto, él siempre le repetía la misma frase.

_Emma no eres un bicho raro, eres una persona muy inteligente y diferente al resto.

A lo que ella contestaba

_Un día me iré a vivir sola a una isla desierta.

De uno de los estantes, Dámaso alcanzó un grueso libro de tapas forradas con papel azul.

Toma, vas a necesitar un año entero para leer esto bromeó el chico.

Emma con cara de pasmo sujetó fuertemente el pesado libro.

_¿Elías espera que lo lea entero? ¿Será una broma?

Yo solo soy el mensajero alegó Dámaso encogiéndose de hombros.

La campanilla sonó a la entrada de la tienda. El muchacho le pidió amablemente que pasara sola al pequeño almacén mientras él se ocupaba de los clientes.

Tomó asiento y sobre la mesa de la trastienda dejó aquel tocho azul.

Perpleja lo observó con calma.

Era un libro de segunda mano, muy usado a juzgar por lo desvencijado que estaba.

El papel que lo cubría no tenía ni una sola letra impresa. Por su textura fuerte podría ser papel de regalo, con el que, probablemente, su dueño original, lo forró para protegerlo por más tiempo, para después, en la esquina inferior derecha, dibujar a mano con un rotulador, tres círculos azules concéntricos.

Estas deducciones las hacía Emma mientras lo estudiaba por fuera y ponía en funcionamiento su prolífica imaginación.

Nada más había, ni en la portada ni en la contraportada.

Lo abrió lentamente como quien abre la tapa de un tesoro. Y allí encontró una dedicatoria.

De inmediato reconoció la letra del señor Elías.

El libro azul

Apreciada Emma:

Llevo algunos años dedicado al estudio de este magnífico libro. Creo que a tus quince años ha llegado el momento de presentártelo porque ya estás preparada para entenderlo.

Deseo que este libro llegue a ser importante para ti. Siempre estamos buscando respuestas.

Pues bien, aquí, entre tus manos tienes un magnífico tesoro. Una hermosa revelación.

Si consigues tener paciencia y te esfuerzas en su estudio, conseguirás la mejor recompensa que un ser humano puede obtener.

*El conocimiento de la
verdad. Con Cariño
Elías.*

Emma no salía de su asombro. Se sentía indignada. ¿Cómo podía habérselo guardado en secreto?

Realmente el señor Elías nunca le habló de él.

¿Tan complejo era que se necesitaban años de estudio para comprenderlo? ¿Qué clase de libro era éste que Elías había preferido leer en soledad y nunca traerlo como referencia en tantos debates que habían mantenido acerca de la verdad? Si sabía que era el libro que ansiaba encontrar ¿por qué tardó tanto en mostrárselo?, ¿por qué se lo guardó para él solo?

Volvió a leer la dedicatoria y se fijó mejor en las palabras que el señor Elías había escrito.

“...ya estas preparada para entenderlo.”

Ésta era la razón. Él no la veía preparada para conocer algunas cosas porque era joven y le faltaban muchas experiencias por vivir. Pero ella siempre estaba abierta a cualquier conocimiento y ahora le salía con esto. Se sintió menospreciada.

A falta de la presencia de la persona que la juzgaba, repasó la dedicatoria una vez más, asegurándose de que la había entendido bien. Buscando algo que alegar en su defensa.

Así fue como su gran ego, transformó el sentimiento de menosprecio en un reto personal.

Fue en ese mismo instante cuando decidió que costara lo que costara demostraría que ella

podía también leer y estudiar aquel extenso libro.

Así con el ímpetu que la caracterizaba comenzó su aventura hacia el descubrimiento de la verdad.

Empezó ojeándolo un poco por encima. Buscando una primera impresión, descubriendo las sensaciones que le causaban sus palabras, deseando obtener una conexión especial.

El libro se componía de cuatro partes además de un índice de materias, en el que se detallaban cada uno de los documentos, autor y página. El libro trataba de temas muy diversos como religión, ciencia, filosofía, sociología, física, astrología, antropología y así una larga lista de temas de lo más variados y estimulantes para la mente de Emma.

Poco a poco, algunas palabras la atraparon, comenzó a leer algo de aquí, algo de allá. Aquel libro azul le estaba causando un gran impacto.

Su cabeza era un enjambre de ideas nuevas y viejas que se enfrentaban con violencia o se complementaban sin dificultad.

Conceptos nuevos que derrocaban a los antiguos, respuestas a preguntas hechas de las que surgían nuevas preguntas.

Entre tema y tema la tarde del jueves fue pasando. El tiempo había volado. Cuando quiso darse cuenta, Dámaso ya estaba terminando de barrer y fregar el suelo y le apremiaba a salir, pues era la hora de cerrar la tienda.

Con la cabeza llena de nuevas ideas, inquietudes y revelaciones prodigiosas. Emma se despidió de Dámaso con un simple adiós.

Dámaso por su parte, al verla marchar sin más, pensó que aquella muchacha, a pesar de ser callada y tímida, a pesar de parecerle un poco extraña, de alguna manera le había robado el corazón. Y lejos de sentirse abatido por su rápida despedida, se sentía feliz porque ahora sabía que la encontraría allí cada jueves. Sabía a ciencia cierta que la volvería a ver, porque Emma, había dejado el libro azul sobre la mesa de la trastienda.

La intensa luz

El sábado por la mañana,

Valentina llamó por teléfono a Emma. Le pedía que fuera a su casa por la tarde pues debían tratar un tema de suma importancia para las tres.

Faltaba algo más de dos semanas para la entrada de la primavera y como aprendices de magas, debían planear con tiempo, la ceremonia del paso de estación.

A Emma le pareció una idea estupenda y se ofreció a llevar varios libros en los que se describía este tipo de ritual.

Fue una tarde divertida, inventando conjuros, decidiendo el lugar del parque donde sería más apropiado hacerlo.

Tomaron nota de lo que indicaban los libros para hacer la lista de objetos necesarios así como la ropa para la ceremonia.

Durante toda la tarde la habitación estuvo inundada por risas nerviosas, cantos desafinados y conjuros inventados de las tres adolescentes.

Se divirtieron de lo lindo teatralizando la función que representarían al atardecer del veinte de marzo.

Repitieron una y otra vez los conjuros que debían memorizar, poniendo voces dramáticas, haciendo gestos exagerados.

Danzaron alrededor de las camas como si de un verdadero aquelarre se tratase, improvisando tónicas ceremoniales con mantas.

Emma tenía que estar en casa a las diez de la noche. Y entre unas cosas y otras se le había hecho tarde. Cuando miró el reloj ya marcaba las diez y diez.

_¡Es tardísimo!. Mi madre se va a enfadar.

No quería preocuparla así que salió a toda prisa despidiéndose de Valentina y Carlota.

_Nos vemos mañana en mi casa, adiós chicas.

La noche se presentaba tranquila, cálida, envuelta en una leve brisa con aromas que presagiaban la pronta llegada de la primavera. Daba gusto pasear por las calles camino a casa. Emma iba absorta en sus pensamientos, imaginando lo divertido que sería ir las tres vestidas de auténticas magas en su primer ritual de paso de estación.

Caminaba distraída, sus pies parecían saber ir solos. Aquel camino lo había recorrido muchas veces de manera que había conectado el piloto automático rumbo a casa.

Su imaginación ya la hacía volar a otros tiempos, a otros lugares. Aquellos de los que hablaban algunas leyendas épicas.

Países, imposibles de encontrar en ningún mapa, donde vivían reyes y reinas insignes, grandes damas y caballeros leales, magos y hechiceras obstinados en manipular con sus artes mágicas reinos fantásticos.

Por eso, al llegar al paso de cebra, Emma cruzó sin mirar.

De manera inesperada algo la sobresaltó. Por su derecha una intensa luz se aproximaba a toda velocidad. Deslumbrada, se quedó parada en medio del paso de cebra, con los ojos muy abiertos sin poder reaccionar.

Aquel coche, la lanzó violentamente varios metros por los aires, como si fuese una muñeca de trapo. Cayó boca abajo, inerte, tendida sobre el frío asfalto.

De su boca brotó un hilo de sangre. Y desde ese mismo instante, Emma quedó atrapada en la sutil línea que separa esta vida de la siguiente.

El frenazo brusco del coche sonó estridente seguido de los gritos de espanto de los peatones. La gente la rodeó de inmediato. El más atrevido comprobó que aún tenía pulso y colocó sobre Emma una chaqueta de lana para que mantuviera su temperatura corporal. Alguien llamó a emergencias. El conductor del coche, a sus pies, lloraba impotente.

La ambulancia llegó en pocos minutos. Los médicos, expertos en estas circunstancias, no tardaron en hacerse cargo de la situación.

Al momento se presentaron dos patrullas de policía poniendo orden en el lugar. Mientras un guardia alejaba a los curiosos de la zona, otros dos tomaban declaración al hombre del coche y a los testigos.

Otra agente comprobó la documentación y el móvil de la muchacha. Así pudo ser identificada en poco tiempo y su familia localizada e informada del suceso.

Los médicos de emergencias comprobaron que a pesar de mantener las constantes vitales su estado era de inconsciencia. No había reacción en las pupilas, ni respondía a estímulos verbales y no reaccionaba ante el dolor.

Tras el reconocimiento de urgencias sólo le detectaron un hematoma en la sien izquierda,

posiblemente provocada al golpearse fuertemente contra el asfalto

Inexplicablemente en el resto de su cuerpo no se apreciaba ninguna otra fractura. Sin embargo la sangre que continuaba saliendo por su boca no presagiaba nada bueno.

Una vez inmovilizada, la subieron a la camilla y la acomodaron con cuidado en la ambulancia. La sirena anunciaba la emergencia camino del hospital.

El sueño de Emma

*L*a madre de Emma estaba

en casa, comenzando a preparar la cena para las dos, cuando sonó el teléfono.

Buenas noches, le habla la agente de policía Arrieta, ¿es usted familiar de Emma Rus Vega? preguntaron desde el otro lado del teléfono. A Celia todo le comenzó a temblar.

Sí, yo soy su madre. ¿Le ha pasado algo? interrogó temerosa.

La palabra accidente la dejó rota. Pero pudo reaccionar y salir deprisa.

Llegó al hospital cuando los asistentes sanitarios la pasaban de urgencias a la sala de operaciones.

Apenas se la dejaron ver. Sólo pudo acompañarla, llorando descorazonada, camino del quirófano.

Su hija parecía muerta, estaba muy pálida y tenía un fuerte golpe en la sien.

Los médicos le pidieron que esperara en la sala para familiares en la zona de urgencias.

El padre apareció en la sala de espera, justo cuando por el megáfono una voz monótona y algo distorsionada, solicitaba que la familia de Emma Rus Vega acudiera al puesto de información.

Al encontrarse ambos, apenas hubo tiempo para saludos. Celia llorosa salió con prisa al oír el nombre de su hija. Mauro la siguió detrás con la angustia metida en el pecho.

Uno de los cirujanos, que la había intervenido, los esperaba allí.

Se presentó amablemente y les preguntó sus nombres tratando de tranquilizarlos. Luego los acompañó hasta una sala más pequeña donde no había nadie.

Después de tomar asiento los tres, sin más preámbulos, pasó a informarles del grave accidente que había sufrido su hija y de la situación actual en la que se encontraba.

El accidente que ha sufrido Emma le ha causado un traumatismo craneoencefálico grave dijo en ese tono neutro que adoptan los médicos en estas situaciones.

Los sollozos de Celia eran atenuados por el pañuelo que sujetaba fuerte contra su boca.

_Después de realizarle un TAC y evidenciar lesiones graves en su cerebro, se le ha operado

de inmediato, consiguiendo parar diversas hemorragias.

El cirujano hizo una pequeña pausa para comprobar que lo entendían.

—A pesar del éxito en la operación, Emma se encuentra en estado de coma profundo.

La madre rompió a llorar y el padre se quedó petrificado, con la mirada ausente.

— ¡Mi hija no, doctor, mi hija no!

El llanto desgarrador de Celia hizo que Mauro se hiciera con el coraje suficiente para colocarse en su lugar, dejando a un lado toda guerra legal. Reaccionando con un gesto de humanidad se abrazó a la madre de su hija para llorar juntos sin consuelo.

Conmovido pero cumpliendo con su obligación el neurocirujano termina de darles el parte médico.

— Señora Celia, señor Mauro. Es difícil para mí tener que decirles esto, pero no quiero darles falsas esperanzas.

Los daños que ha sufrido su hija en el cerebro son muy graves. Deben prepararse para lo peor porque, Emma, tal vez, no despierte nunca.

No, Emma no despertaba. A pesar de ello, los médicos estaban realmente asombrados pues no encontraban una explicación a su caso. Considerando los daños sufridos por su cerebro, debería estar muerta.

El tiempo comenzó a transcurrir de manera diferente para los padres de Emma. Ya no contaban los días, sino las semanas esperando a que su hija despertara. Después fueron meses.

Los doctores, a medida que pasaba el tiempo, sólo pudieron concluir que había tres factores que la mantenían viva. Su juventud, lo luchadora que era y las ganas de vivir.

Al principio, mientras permanecía intubada en la unidad de cuidados intensivos, sufrió varias paradas cardíacas. Pero era una chica muy fuerte y se resistía a morir.

Un día pudieron pasarla a planta y los médicos dejaron que recibiera alguna visita.

Por la habitación pasaron a verla los compañeros de clase del instituto junto al tutor.

También la fueron a visitar sus amigas, Valentina y Carlota, acompañadas de sus padres. Quedaron tan afectadas viéndola postrada en la cama, con todos aquellos tubos y cables colocados por su cuerpo, que prefirieron no volver a visitarla hasta que despertara.

Seis meses después su situación continuaba siendo estable. Parecía un milagro que pudiera respirar por sí sola. Hacía tiempo que la herida externa de la sien había curado por completo. Hasta le había vuelto a crecer el pelo, apenas se le notaban las cicatrices de la cabeza.

Después de un año continuaba sujeta a una sonda nasogástrica y al oxígeno. Y siempre monitorizada, conectada a electrodos que controlaban a cada instante su ritmo cardíaco.

Ahora la banda sonora de su vida la componía, en forma de pitidos rítmicos, latido a latido, su corazón.

Cada día de manera alterna uno de sus padres la acompañaba. Los jueves por la tarde, el señor Elías la visitaba y en algunos momentos en los que no había nadie con ella, Dámaso se colaba en la habitación alegando a las enfermeras que era su mejor amigo.

Después de un año los cuatro eran ya conocidos en el hospital por médicos y enfermeras. Sabían muy bien que ellos eran las únicas visitas que Emma recibía.

Con el paso del tiempo, los sentimientos de desesperanza, dolor y rabia se habían apaciguado en todos ellos. Sin embargo no los de culpa en Mauro y el de tristeza en Celia.

Por eso, siguiendo la recomendación de los médicos del hospital, habían solicitado ayuda psicológica para poder enfrentar la situación.

Les habían aconsejado que mantuvieran una relación muy cercana con Emma.

El padre, cada día al llegar, la llamaba por su nombre y hablaba con ella como si estuviera despierta. Le gustaba relatarle las anécdotas del día, transmitirle los saludos que le mandaban todas las personas conocidas con las que se había encontrado.

La madre siempre la saludaba con dos besos tiernos, llenos de amor y luego pasaba un rato acariciándole la cara. Mientras, le contaba cuál era el clima que hacía fuera. Si hacía frío o calor, si era un día luminoso perfecto para pasear, o si la lluvia la había hecho salir corriendo a refugiarse bajo algún portal porque había olvidado el paraguas en casa.

Pero sobre todo hablaban con ella, más que cuando vivían juntos los tres. Mucho más que cuando, por el divorcio, Emma tenía que repartir su tiempo entre los dos.

Una de las primeras recomendaciones que los psicólogos hicieron a los padres de Emma, por el proceso difícil de divorcio en el que estaban, fue nada de disputas en presencia de la paciente.

Les hicieron entender que aunque su hija no daba señal alguna de respuesta, era perjudicial para ella un entorno de nerviosismo y tristeza.

Por eso y sobre todo, por el amor inmenso que tenían por su hija, Celia y Mauro desde un principio hicieron un pacto por el que se comprometían a no discutir delante de Emma.

Con ella el ambiente siempre sería familiar y relajado. Se esforzaban mucho por ser positivos y le daban continuas muestras de cariño.

Como el día en que Emma cumplió dieciséis años.

Para poner en práctica ese ambiente familiar, los padres planearon hacer una pequeña celebración. Algo simbólico con lo que homenajear a su querida hija y a la vez que sirviera para recordar que una vez fueron una familia unida y feliz.

Consultaron con el médico y éste no les puso ninguna objeción, al contrario, le pareció una magnífica idea.

Mauro compró una tarta y dos velas que formaban el número dieciséis y a Celia se le ocurrió qué regalarle cuando pasó frente a la tienda de decoración del barrio. Lo tuvo claro nada más fijarse en el escaparate. Aquella colcha de estampado floral y su cojín a juego eran perfectos. Darían un toque alegre a la blanca e impersonal habitación en la que Emma pasaba sus días.

La noticia de que se celebrarían los dieciséis años de Emma se supo rápido en todo el hospital. Cuando los padres llegaron con la tarta, las velas y el regalo, fue para ellos una grata sorpresa encontrar la habitación decorada por las enfermeras. La habían llenado de guirnaldas de colores y dibujos hechos, en su mayoría, por algunos de los niños hospitalizados que también quisieron participar de esta manera en la felicitación conjunta.

Los padres emocionados, agradecieron de corazón las muestras de cariño hacia su hija.

Dos auxiliares hicieron los honores y vistieron la cama con la colcha, acomodando el cojín tras la cabeza de la muchacha.

La habitación de pronto estaba llena de color. Celia comentó satisfecha y entre risas, que así, su hija parecía estar tumbada sobre una pradera

llena de flores donde mariposas y pájaros la venían a visitar mientras dormía. Su manera de decirlo causó en los presentes una risa general que hizo más distendido el ambiente.

A cada momento, más personal del hospital aparecía por la habitación. Nadie quería perderse la oportunidad de felicitar a Emma.

Después de algún jocoso comentario más por parte de los presentes, Mauro encendió las velas y colocó frente a Emma la tarta. Tan cerca, que las llamas parpadeaban con su respiración.

—¡Feliz cumpleaños!— dijeron a la vez Celia y Mauro y juntos soplaron apagando las velas.

Todos los presentes le cantaron cumpleaños feliz intentando no hacer demasiado escándalo.

Emma tal vez no pudiera escuchar ni ver todo aquello pero para los padres fue algo muy reconfortante porque supieron que no estaban solos ante la tragedia.

A lo largo del día todo el que entraba en la habitación de Emma pudo probar un trozo de tarta.

Por la noche, cuando los padres se despidieron de su hija, ya sólo quedaban las velas apagadas sobre la blonda manchada de crema y almíbar de la tarta.

El padre de Emma

Emma parecía dormir

plácidamente.

El padre solía sentarse al borde de la cama para sentirla más cercana, para comprobar que aún seguía viva. Pero nunca se atrevió a tocar su cabeza, pensaba que con tan sólo un roce allí dentro algo se podría romper. Así que siempre la tomaba de la mano y la acariciaba con ternura. Luego se le acercaba al oído y le susurraba:

—¡Te quiero tanto mi pequeña!

Se lo repetía muchas veces porque así aligeraba un poco la carga que llevaba sobre su conciencia. Esa carga era el peso de la culpa por haber desatendido, prácticamente abandonado a su única hija mientras él se dedicaba a las peleas conyugales.

El padre la contemplaba pensativo. Su aspecto era tan apacible y sereno, como cuando era niña.

Mauro, se pasó noches enteras velando sus sueños. De pequeña, tenía miedo a la oscuridad

y no había otra forma de que durmiera. Y así pasaba la noche sentado a su lado hasta que se quedaba dormida profundamente.

Y ahora también dormía pero nunca despertaba.

Le resultaba tan incomprensible verla allí postrada. Muchas veces, como ahora, mientras miraba su dulce rostro, se preguntaba con amargura dónde estaría aquella niña. Tal vez perdida dentro de su cabeza porque había olvidado como despertar.

No podía comprenderlo y preguntó a varios médicos por el tema, pero no sacó nada en claro. Se perdía entre tantas palabras técnicas incomprensibles para él.

Sólo una enfermera durante un corto encuentro le habló desde el corazón con humildad. Compartía a diario la situación dramática que atravesaba esta familia desde hacía más de un año.

Una mañana lo vio en estado ausente, sentado en la mesa de la cafetería. Llevaba cinco minutos dando vueltas con la cucharilla al café, lentamente, sin parar. Preocupada se acercó hasta él.

_Señor Mauro, hoy le veo un poco cabizbajo. Tal vez un poco de charla le venga bien.

Si lo permite me sentaré aquí con usted mientras nos tomamos el café.

Mauro sonríe amablemente y hace un leve gesto con la cabeza que le indica que se siente.

_¿En qué pensamientos se ha perdido?

Con ojos cansados y tristes Mauro la mira y le pregunta sin mayores preámbulos:

_¿Podría ser sincera conmigo y decirme si usted cree que mi hija aún está en alguna parte dentro de su cabeza? Necesito entenderlo, por favor.

Comprendo su incertidumbre señor Mauro y créame, le voy a responder con total sinceridad aseguró mirándolo a los ojos

_ El estado de inconsciencia que sufre su hija para los médicos sigue siendo un misterio. Nadie sabe a ciencia cierta qué pasa por sus cabezas. No sabría decirle si se dan cuenta de lo que sucede a su alrededor, si sueñan o si realmente permanecen en completa oscuridad. Lamentablemente tampoco sabemos qué provoca que algunos pacientes despierten y otros se vayan apagando hasta la muerte cerebral.

La enfermera hubiera querido dedicarle un poco más de tiempo para animarlo y de alguna manera reconfortarlo pero una compañera, desde la puerta de la cafetería, le hace señas reclamando su presencia. Alguno de sus pacientes la necesitaba de inmediato por algún tipo de urgencia.

Ella se despide de prisa dejando a medias la charla y el café.

Mauro lo entiende perfectamente y agradece a la enfermera la preocupación por él y sus palabras sinceras.

Cuando esta se va, él continúa allí sentado por unos minutos más, cavilando frente a la taza de café frío. Dentro de él había surgido un presentimiento. Siempre había creído que nada sucede por casualidad. Estaba convencido de que había un motivo poderoso, a pesar de que ni él ni nadie lo comprendieran. Ahora estaba seguro de que había una explicación que justificaba todo lo sucedido. Algo que, a pesar de todo, hacía que su hija aún se mantuviera viva.

La madre de Emma

*L*a madre conservaba

intacta la esperanza de verla despertar. Había imaginado muchas veces a su hija abriendo los ojos. Ese día ella debía estar perfecta, entera, sin rastro de tristeza, regalando sonrisas, abrazos y alegría. Esa alegría que les robó cada una de las peleas, cada una de las diferencias irreconciliables en la batalla contra su marido.

Su hija no tenía culpa alguna, así lo había entendido y había tomado la determinación de no hacerla sufrir más.

Quería compensarla de alguna manera, esforzándose en volver a ser, la madre y la mujer que era antes de hundirse en el naufragio de su matrimonio.

Así, cada mañana que la visitaba, se arreglaba y perfumaba para estar guapa.

Ver a su hija luchar por mantenerse viva, infundía en ella el coraje necesario para levantarse de la cama y continuar cada día.

En el hospital había una pequeña capilla. Y a pesar de que Celia no profesaba una religión concreta, si creía en Dios. Antes lo imaginaba en forma de energía poderosa en pelea constante para equilibrar un inmenso universo. Pero desde que entró en aquella capilla por primera vez, su manera de ver a Dios había cambiado.

La encontró un día que buscaba un lugar donde escapar. Necesitaba desconectarse por unos minutos de todo aquello que la rodeaba. Sentía que no podía soportar por un segundo más el olor a hospital, el blanco de las batas, el sonido de sirenas, el miedo contenido en tantas esperas.

Sin saber bien dónde se metía, abrió aquella puerta y la cerró tras de sí. ¡Deseaba tanto escapar del sufrimiento!

Sentada en un banco respiró profundamente y miró a su alrededor. Estaba sola.

Desde el altar, una inmensa imagen de un Jesús resucitado le extendía los brazos como diciendo:

_Ven, yo te reconfortaré.

Aquel rostro amable y lleno de amor le hablaba sin palabras.

Conmovida lloró por un tiempo, hasta que desahogó todo su dolor.

De esta manera Celia descubrió, que dentro de sí, había un Dios en el que podía confiar.

A partir de ese día, se sentaba un ratito allí, cuando sentía la necesidad.

El dialogo que mantenía con su Dios, le proporcionaba un descanso para su mente y le daba valor para soportar, de la mejor manera posible, encontrarse cada día a su hija, postrada en aquella cama de hospital.

Rezar mantenía viva la llama de su esperanza, la que le hacía pensar que tal vez, en algún momento, podría suceder un milagro.

En aquel monólogo interno, una calma inexplicable, la conducía al entendimiento de sí misma.

Celia había tenido que hacer un gran trabajo para redescubrirse, ya que desde el accidente de Emma, todos sus puntos de vista acerca de la vida habían cambiado.

El señor Elías y Dámaso

*E*l señor Elías la visitaba

todos los jueves por la tarde. No quería que se perdiera la costumbre de las lecturas compartidas y aunque ahora no podía tener conversaciones con Emma, él estaba convencido de que podía oírle. Con esa certeza, cada jueves, sentado al lado de la ventana, se colocaba sus gafas y comenzaba con la lectura de un documento del libro azul.

Dámaso, los jueves no la visitaba, se quedaba al mando de la vieja librería para que su tío pudiera tener toda la tarde libre.

Él la veía a escondidas. Sólo se aventuraba a entrar en la habitación durante los pocos momentos en los que el padre o la madre de Emma salían a comer o a despejarse tomando un poco el aire.

Después de tanto tiempo conocía bien sus hábitos y esperaba con paciencia merodeando por la habitación del hospital sin ser visto.

El cariño que sentía por ella era su mayor secreto. Y así pretendía que siguiera siendo

porque sólo se lo diría a ella el día que despertara.

Le bastaba con mirarla durante un rato, con esos ojos que sólo pueden poner los enamorados, sin atreverse siquiera a tocarla. Seguía siendo la chica más preciosa que él había visto en su vida. Algunas veces le decía en voz baja que ojalá despertara pronto para poder confesarle cuánto la amaba.

Los dos pequeños milagros

Desde hacía algunos días

Emma estaba más inquieta de lo normal. Todos se habían dado cuenta de que movía muy rápido los ojos y que su respiración era demasiado agitada en algunos momentos. Cuando esto sucedía la enfermera tenía orden de administrarle un sedante fuerte que la hacía dormir dentro de su inconsciencia.

Un día, los médicos perdieron toda esperanza de que Emma despertara. Informaron a la familia de los preocupantes resultados que daban las últimas pruebas que se le habían realizado. Estas revelaban algo inesperado.

Lamentablemente los órganos vitales de Emma habían comenzado a fallar uno tras otro.

No encontraban una explicación clara a lo que estaba sucediendo. Quizás, agotada de pelear cada día, había decidido dejar de vivir.

Nada se podía hacer ya para recuperarla. Se había producido una reacción en cadena de fallos orgánicos imposible de parar.

Desde hacía una semana Emma, se apagaba lentamente. Todos tendrían que estar preparados para el fatal desenlace.

Aquella tarde de jueves el señor Elías no pensaba abrir la librería, quería ir junto a Dámaso a despedirse de su amiga.

Sospechaba, desde hacía tiempo, que su sobrino guardaba algo en lo más profundo su corazón.

Al final lo delató el llanto de dolor al enterarse del último parte médico.

Esa mañana le confesó todo a su tío.

Le habló de lo que sintió al conocerla en la librería, de qué manera el amor lo inundó nada más verla. De sus ganas y nervios por encontrarla el jueves siguiente.

Le habló también de la pena que se instaló en su corazón al enterarse del accidente. De las noches que pasó llorando sin consuelo. Le contó todas las veces que la había visitado en el hospital. Como había mantenido su amor por ella sujeto a la esperanza de que despertara.

Ahora el muchacho lloraba desconsolado pues no estaba preparado para decir adiós a su amor platónico.

Así, aquel último jueves por la tarde, todos coincidieron en la habitación del hospital.

El señor Elías presentó a Dámaso como sobrino y amigo de Emma. A los padres su cara les resultaba conocida. Luego, cuando Dámaso les confesó que la había estado visitando, ellos lo recordaron de alguna vez que se cruzaron por el hospital.

Se sorprendieron al descubrir que era un amigo de Emma y en el fondo se alegraron de que alguien más hubiera estado visitando a su hija.

Los cuatro se comportaron con naturalidad, sin escenas de pena o llanto. Como si fuera un día más del largo año que habían pasado yendo y viniendo hasta aquel hospital.

Aquella tarde, Emma estaba más bella que nunca. Su rostro reflejaba una gran serenidad. Como si supiera que todos los que la quieren se encontraban a su lado.

Se le veía tranquila, en paz.

El padre, como siempre, sentado sobre la cama y aferrado a su mano, le regalaba un último susurro, muy cerca del oído. No le importaba que esta vez hubiera testigos.

– ¡Te quiero tanto mi pequeña!

Para él estas palabras salían del alma y lo liberaban de su gran pena.

Fue en ese momento cuando sucedió el primero de los dos pequeños milagros.

A todo el amor contenido en las palabras del padre, inexplicablemente, Emma contesta desde lo más profundo de su inconsciencia en forma de lágrima imposible, que asoma por entre los párpados cerrados, para precipitarse deslizándose por su mejilla.

El padre, atónito y conmovido por la respuesta, la llenó de besos.

Comprendió que su hija, de esa manera, se despedía de él. Y así lo entendieron todos. Sin embargo, nadie dijo nada.

La madre desde el otro lado de la cama también quiso participar de la despedida.

Inclinándose sobre Emma dejó, sobre su pálida cara, un tierno beso lleno de amor con olor a jazmines y limón.

Entonces los cuatro presentes fueron testigos del segundo pequeño milagro.

La ternura del beso de la madre hizo que una leve sonrisa se dibujara en los labios de Emma.

A los pies de la cama de hospital, Dámaso y el señor Elías, contemplaban conmovidos esta extraordinaria, enternecedora y dramática escena familiar, cuando un pitido continuo y plano daba por finalizada la banda sonora de la vida de Emma.

Su corazón cansado, al fin dejaba de latir.

A Dámaso se le hizo un nudo en la garganta al sentirla marchar.

El dolor por perderla desbordó todo su ser y le salió por los ojos en forma de ríos de lágrimas.

El señor Elías sólo alcanzó a decir entre sollozos
_Hasta pronto Emma.

